



HERALDOS DEL FENIGENO

Número 225
Abril 2022

*Divina victoria,
de grandeza rutilante*

Que quien me mire, te vea

«**A** pesar de poder servir de modelo en todo —escribe una de las connovicias de María Teresa González-Quevedo—, creo que la nota peculiar de su vida fue la devoción a la Santísima Virgen. La quería con locura, hablaba de Ella en todos los recreos, en Ella encontraba la solución de todas las dificultades, el remedio de todos los males; pero, sobre todo, el camino de su santidad».

Hasta sus relaciones con el Hijo Divino las quería a través de la Madre, según esta máxima que copió [...] en sus apuntes: «Nunca veas a Jesús sin ver al lado a la Virgen. No busques a Jesús sino en la Virgen, no vayas a Jesús sino por la Virgen, no invoques a Jesús sino con la Virgen».

Y es notable que, a medida que esta idea iba profundizando en su alma, iba también logrando el ideal anhelado. Son mu-

chos los testigos de su vida que confiesan por separado que realmente María Teresa tenía un no sé qué en la expresión del rostro, en su porte, en su conversación, en fin, en toda su persona, que recordaba a la Virgen y hacía pensar en Ella.

Copiamos algunos de los numerosos testimonios que lo afirman:

«Tenía mucho amor a la Santísima Virgen y esto la movía a imitarla y lo hacía tan bien, que cumplía su deseo de aquella jaculatoria que solía decir: “Madre

mía, que quien me mire, te vea”, y, efectivamente, en cualquier ocasión, verla a ella hacía pensar que así se hubiese comportado nuestra Santísima Madre».

LÓPEZ DE URALDE Y ELORZA, María Luisa, CACH. «Teresita». 6.^a ed. Madrid: Vedruna, 1978, pp. 176-177.



La Venerable María Teresa González-Quevedo y Cadarso vistiendo el hábito de novicia de las Carmelitas de la Caridad

HERALDOS DEL EVANGELIO

Revista Heraldos del Evangelio
Año XX, número 225, Abril 2022

Director Responsable:
Mario Luiz Valerio Kühl

Consejo de Redacción:
Severiano Antonio de Oliveira;
Silvia Gabriela Panez;
Marcos Aurelio Chacaliaza C.

Administración:
Calle Balbina Valverde, 23
28002 Madrid
R.N.A., N°. 164.671

Impreso en España

Edita:
Salvadme Reina de Fátima
Dep. Legal: M-40.836- 1999
Tel. sede operativa 902 199 044

www.salvadmereina.org
correo@salvadmereina.org

Los artículos de esta revista podrán ser reproducidos, indicando su fuente y enviando una copia a la redacción. El contenido de los artículos es responsabilidad de los respectivos autores.

SUMARIO

Escriben los lectores	4		¿Conformismo o intransigencia?	36	
¡Dios es la Victoria! (Editorial)	5		La voz de los Papas – ¡Dios proveerá la victoria final!	6	
	Comentario al Evangelio – La Misericordia frente a la miseria	8		Equilibrio de alma	38
	El juicio de Nuestro Señor Jesucristo – El encuentro entre dos pontífices	16		Heraldos en el mundo	40
	«Seré una monja famosa»	20		Sucedió en la Iglesia y en el mundo	44
	Emmanuele Brunatto – Persiguiendo a los perseguidores del Padre Pío	24		Historia para niños... – El burrito más feliz de la Historia	46
	Preciosas enseñanzas de la Resurrección	28		Los santos de cada día	48
	San Juan Bautista de La Salle – El Jordán de la gracia	32		«Kintsugi» y el arte del perdón divino	50



Revista Heraldos del Evangelio en línea

Acceda al contenido de la revista directamente desde su teléfono móvil.

Entre en: revistacatolica.es





ESCRIBEN LOS LECTORES

SENTIDO A UN SUFRIMIENTO APARENTEMENTE INNECESARIO

Este es un mensaje para la Hna. Patricia Victoria Jorge Villegas, EP, quien escribió un hermoso artículo sobre Luis XVII. Acababa de toparme con su historia y me sentía absolutamente con el corazón roto y devastado por ese niño que vivió hace 250 años. El artículo de la Hna. Patricia me trajo consuelo y le dio sentido a su sufrimiento aparentemente innecesario e insoportable. Muchas gracias.

*Deborah Cher
Nueva York — Estados Unidos*

«EL PECADO DEL SIGLO»

Leyendo el texto de San Juan Pablo II, en la sección *La voz de los Papas*, sobre *El pecado del siglo*, pienso que desde 1897 hasta hoy, 2022, no sólo no se ha frenado ese declive, sino que hemos caído hasta la exaltación del pecado. Un abismo que se podría haber evitado únicamente si los pastores hubieran predicado bien. Su responsabilidad ante los fieles y, sobre todo, ante Dios es inmensa.

*Adele Ares
Vía rivistacattolica.it*

ES MARAVILLOSO COMPROBAR UNA INTERCESIÓN ANTE DIOS

El premio de los que tienen fe... Y yo también añadiría: confianza, esperanza, y mucha, mucha humildad. Los testimonios que nos narra la autora de este artículo son de personas que, angustiadas con problemas importantes y ya en el límite de lo imposible, decidieron acudir a la intercesión de Dña. Lucilia. Y con mucha fe, confianza y perseverancia consiguieron que sus ruegos fueran escuchados y concedidos.

Es una maravilla comprobar cómo el Señor, por medio de intercesores, atiende a aquellos que con las virtudes antes reseñadas y muchísima humildad reciben las gracias que rogaban con todo su corazón.

*Covadonga Montas
Vía revistacattolica.org*

ESCLARECEDORA E INSTRUCTIVA LECTURA PARA NUESTROS DÍAS

Felicito al autor Ángel Francisco Neto Martins y a los Heraldos del Evangelio por la publicación del excelente artículo: *Algunos sofismas del mundo contemporáneo — Lector, dejo a su elección el título de este artículo*, de la edición de febrero. Una esclarecedora e instructiva lectura de la que necesitamos hoy día. Me congratulo una vez más con el autor por el tema que ha elegido.

*Iria Rita Copatti Canton
Marília — Brasil*

UNA HISTORIA QUE NOS LLEVA A REFLEXIONAR Y AGRADECER

A nadie le debáis nada... ¡Qué bellísima historia! Nos hace reflexionar sobre el año que ha pasado y acordarnos de todos los que estuvieron a nuestro lado, nuestra familia, amigos, y recordar también con gratitud la Santa Iglesia, los sacerdotes que dedican sus vidas para salvar nuestras almas, los hermanos y hermanas que hicieron apostolado con nosotros durante todo el año, siempre con una sonrisa en los labios. Son tantas las gracias recibidas en las casas de los Heraldos que hicimos el propósito de que cada vez que lleguemos a alguna de ellas lo admiremos todo como si fuera la primera vez que vamos, recordando las gracias primaverales recibidas en la primera visita.

*Alessandra Roberta
Fernandes Corrêa
Vía revista.arautos.org*

FOTO DEL EVANGELIO EN EL FOLLETO DE LA MISA

Les solicitamos su permiso para reproducir la estampa de Jesús predicando en la sinagoga de Jerusalén, que ilustra el *Comentario al Evangelio* titulado *La fuerza de la Palabra*. Somos una comunidad de monjas católicas de Baltimore (Estados Unidos) y nos gustaría publicarla en el folleto de la Misa dominical. A ella asisten de manera presencial entre setenta y cinco y ochenta personas; también es retransmitida para, aproximadamente, otras ciento veinticinco. Muchísimas gracias.

*Hna. Luisa Santa Cruz, OCD
Vía catholicmagazine.news*

CUIDADO CON EL FARISEÍSMO...

«Muy atrayente tarea sería especular al respecto», concluye el autor del artículo *Los fariseos de ayer...* Estoy ansioso por las próximas revistas. Lo que no podemos es quedarnos con los brazos cruzados mientras los «Antíocos» y los «fariseos» se unen para desfigurar la Iglesia Católica. ¡Paz y bien!

*Vitor C.
Vía revista.arautos.org*

PARROQUIA SANTUARIO DE SAN PÍO X

Me gustaría saber si es posible que nos envíen la foto de San Pío X que usaron en la portada de una de las ediciones de la revista *Heraldos del Evangelio*, y es de alta calidad. El párrroco del santuario de la adoración, que lleva el nombre de San Pío X, aquí en São Carlos, vio esa foto en la revista y desearía colocarla en el altar del referido santuario. ¿Podrían hacernos esa caridad? Que la Virgen se lo recompense muchísimo.

*Rafael Martins
São Carlos — Brasil*

¡DIOS ES LA VICTORIA!

La teología le ha asignado numerosos atributos a Dios, como Sumo Bien, Suma Verdad y Suma Belleza. Conforme la doctrina clásica de la participación, todos los seres creados son en mayor o menor grado partícipes de dichas cualidades, es decir, son más o menos buenos, verdaderos y bellos.

De manera similar, podemos afirmar igualmente que, en cierto sentido, Dios es la Victoria. Y de este atributo también participa la obra salida de sus manos.

En los albores de la Creación de los seres angélicos, momento en que parecía que las tinieblas prevalecían con la rebelión de Lucifer, San Miguel proclamó: «¡Quién como Dios!». Y con este grito el arcángel derrotó mediante un estallido de luz a las huestes de Satanás, convirtiéndose en el paladín del Sumo Bien y el supremo vencedor del honor de Dios ofendido. Por lo tanto, participó de la victoria del Altísimo.

Por otra parte, en la tierra, después del pecado original todo parecía indicar que el bien había perecido; expulsados del paraíso, Adán y Eva tendrían que sufrir y luchar en este valle de lágrimas. No obstante, se mantenía la promesa de que la mujer —la Virgen— aplastaría la cabeza de la serpiente (cf. Gén 3, 15).

De hecho, el «sí» de María Santísima al anuncio angélico fue un durísimo revés contra las legiones infernales, porque de Ella nacería la propia Vida (cf. Jn 14, 16). En el Verbo Encarnado todo era victoria, incluso su muerte, pues por ella se conquistó el triunfo más grande para el género humano: la Redención. Además, una vez resucitado, Jesús ya no muere más, «la muerte ya no tiene dominio sobre él» (Rom 6, 9).

Sin embargo, el demonio no bajó la guardia, incluso derrotado. Al contrario, el Apóstol esclarece que nuestra lucha no es «contra hombres de carne y hueso, sino contra los principados, contra las potestades, contra los dominadores de este mundo de tinieblas, contra los espíritus malignos del aire» (Ef 6, 12). Mientras el calcañar de la Virgen no aseste el último golpe, la raza de la serpiente seguirá emprendiendo sus insidias sobre el género humano.

San Pedro nos exhorta a la vigilancia contra ese enemigo traicionero (cf. 1 Pe 5, 8), lo cual debemos hacerlo, ante todo, proveyendonos de armas espirituales como la Eucaristía y el Rosario. En efecto, lo más importante en esta lid es conservar la vida interior, incluso en las extenuantes agruras a las que está expuesto nuestro hombre exterior.

En el combate cotidiano, los verdaderos hijos de la Iglesia confían, por consiguiente, en que las puertas del infierno jamás prevalecerán contra ella (cf. Mt 16, 18). Y la ruina del mal depende de cada uno de ellos, como señaló el Prof. Plinio Corrêa de Oliveira en el libro *En defensa de la Acción Católica*: «La victoria de la Iglesia en la gran lucha en la que está comprometida depende, en última instancia, de la santidad». Al participar de la victoria divina, el santo siempre vence, hasta en la muerte, pues no hay triunfo más grande que el Cielo.

Por lo tanto, es preciso tener una absoluta confianza en los designios del Todopoderoso, incluso en las caóticas encrucijadas en que nos encontramos. El demonio es un eterno derrotado. Así pues, si el Señor es la Victoria, los que lo sirven participan de su conquista, porque a ellos le ha sido prometido: «Al vencedor le concederé sentarse conmigo en mi trono, como yo he vencido y me he sentado con mi Padre en su trono» (Ap 3, 21). ♦



La Resurrección de Cristo, por Niccolò di Pietro Gerini - Basílica de la Santa Cruz, Florencia (Italia)

Foto: Reproducción



¡Dios proveerá la victoria final!

En el momento señalado por la Providencia, la verdad, una vez disipada la niebla con que se la pretende envolver, resplandecerá con más plenitud en un futuro no lejano.

La Santa Iglesia de Cristo tuvo que soportar en todo momento conflictos y persecuciones por la verdad y por la justicia. Instituida por Él mismo para extender el Reino de Dios en el mundo y, a la luz de la ley evangélica, guiar a la humanidad caída hacia un sobrenatural destino, o sea, la adquisición de bienes inmortales prometidos por Dios, pero superiores a nuestras fuerzas, necesariamente chocó de frente contra las pasiones que pululaban al pie de la antigua decadencia y corrupción, es decir, contra el orgullo, la avaricia y el amor desenfrenado de los goces terrenales, y contra los vicios y desórdenes que de ellos proceden, los cuales en la Iglesia siempre encontraron su más poderosa contención.

No debe asombrarnos el hecho de estas persecuciones, ya que fueron predichas por el divino Maestro según nuestra norma y sabemos que durarán tanto como el mundo.

Divino signo de contradicción

De hecho, ¿qué les dijo a sus discípulos cuando les encomendó llevar el tesoro de su doctrina a todas las naciones? Nadie lo ignora: «Os perseguirán de ciudad en ciudad; seréis odiados y aborrecidos a causa de mi nombre; seréis denunciados ante los tribunales y os condenarán a las penas más infames». Y queriendo animarlos para el momento de la prueba, se puso Él mismo como ejemplo: «Si el mundo os odia, sabed que me ha odiado a mí an-

tes que a vosotros» (Jn 15, 18). He aquí las alegrías, he aquí la recompensa prometida acá abajo.

Ciertamente nadie, que posea los criterios de una justa y sensata apreciación de las cosas, sabría explicar la razón de tal odio. ¿A quién ofendió alguna vez o en qué desmereció el divino Redentor? Descendido entre los hombres por el impulso de la caridad infinita, había enseñado una doctrina inmaculada, consoladora, eficazísima para hermanar a la humanidad en la paz y el amor; no había anhelado grandezas terrenas ni honores, no había usurpado el derecho de nadie; en cambio, había sido sumamente misericordioso con los débiles, los enfermos, los pobres, los pecadores, los oprimidos, su vida no era más que un paso para sembrar entre los hombres, pródigamente, los beneficios divinos.

Hay que decir que fue el exceso de la malicia humana, tanto más lamentable cuanto más injusto, el que lo convirtió, no obstante, según el vaticinio de Simeón, en auténtico *signo de contradicción* (cf. Lc 2, 34).

La Iglesia sigue los pasos de su Maestro

¿No maravilla, por tanto, que la Iglesia Católica, continuadora de su divina misión y depositaria incorruptible de su verdad, corriera su misma suerte?

El mundo es siempre igual; junto a los hijos de Dios están constantemente los satélites de aquel gran adversario del género humano que, en

rebeldía contra el Altísimo desde el principio, es designado en el Evangelio como el príncipe de este mundo. Y por eso, ante la ley y los que la presenten en nombre de Dios, el mundo siente reavivarse en sí, con desmedido orgullo, el espíritu de una independencia a la que no tiene derecho.

¡Ay! ¡Cuántas veces, en épocas más procelosas, con inaudita crueldad e insolente injusticia, y con evidente perjuicio para toda la comunidad social, sus enemigos se congregaron en la necia empresa de aniquilar la obra divina! [...]

¡El mal no prevalecerá contra ella!

No quisiéramos que el cuadro de la dolorosa situación presente sacudiera en el ánimo de los fieles la plena confianza en el auxilio divino, el cual proveerá a su tiempo y por caminos misteriosos la victoria final.

Nos sentimos profundamente entristecidos en lo hondo de Nuestro corazón [ante tales circunstancias], aunque en absoluto tememos Nos por los inmortales destinos de la Iglesia. La persecución, como decíamos al principio, es su herencia, porque Dios saca de ella bienes más elevados y preciosos, probando y purificando a sus hijos. Pero mientras permite vejaciones y adversidades, manifiesta su divina asistencia, que proporciona medios nuevos e inesperados para que su obra permanezca y crezca sin que prevalezcan las fuerzas conjuradas en su perjuicio. Diecinueve siglos de vida, que

transcurrieron en el vaivén de los acontecimientos humanos, prueban que las tormentas no tocan el fondo y pasan.

Y bien podemos consolarnos, porque incluso el momento presente lleva en sí las señales que mantienen inalterable Nuestra confianza. Las dificultades son formidables y extraordinarias, es verdad, pero otros hechos, que se suceden bajo Nuestra mirada, atestiguan también que Dios cumple sus promesas con bondad y sabiduría admirables. Mientras numerosas fuerzas conspiran contra la Iglesia y se la priva de toda ayuda y apoyo humanos, he aquí que se levanta majestuosa sobre el mundo y extiende su acción entre los pueblos más dispares bajo todos los ambientes.

No, el antiguo príncipe de este mundo ya no podrá dominar como antes, después de haber sido expulsado de él por Jesucristo; los intentos de Satanás causarán ciertamente muchos males, sin embargo, no lograrán el éxito definitivo. [...]

Muchos son los motivos de aliento

Entonces nada más obvio hay que, como retoños que brotan al pie del árbol, renazcan, se revigoricen, se recompongan numerosas asociaciones, las cuales también en nuestros días nos alegran en el seno Iglesia. Ninguna forma de piedad cristiana puede decirse que sea descuidada por ella, ni referente a Jesús y a sus adorables misterios, ni a su poderosísima Madre, ni a los santos que brillaron con vivísima luz por sus insignes virtudes.

Al mismo tiempo, ninguna forma de beneficencia vemos olvidada, si pensamos en las distintas maneras existentes por todas partes: la educación religiosa de la juventud, el cuidado de los enfermos, la moralidad del

pueblo, la ayuda a las clases desheredadas. ¡Y con qué rapidez se expandiría y cuán mayores y fecundos serían los beneficios de este movimiento, si no tropezara tan a menudo con injustas y hostiles disposiciones! [...]

Las amarguras son atemperadas, pues, por consolaciones, y en medio de las dificultades de la lucha tenemos bastante con qué animarnos y esperar. Lo cual, en realidad, debería sugerir reflexiones útiles a todo observador inteligente y no cegado por la pasión, y hacerle comprender que, así como Dios no dejó al hombre a merced de sí mismo con respecto al fin último de su vida y por eso le habló, así también aun hoy día le habla en su Iglesia, visiblemente impregnada del auxilio divino, mostrando de qué lado se halla la verdad y la salvación.

El triunfo no tardará

En todo caso, esta perenne asistencia servirá para infundir en vuestros corazones la invencible esperanza de que, en el momento señalado por la Providencia, la verdad, una vez disipada la niebla con que se la pretende envolver, resplandecerá con más pleni-

tud en un futuro no lejano, y que el espíritu del Evangelio vuelva a vivificar a los miembros tan relajados y corrompidos de esta sociedad pervertida. [...]

Todos pueden contribuir a esta labor imperiosa y sumamente meritoria: los eruditos y los literatos, con la apología y la prensa diaria, poderosa herramienta de la que tanto abusan nuestros adversarios; los padres de familia y los maestros, con la educación cristiana de los niños y los jóvenes; los magistrados y representantes del pueblo, con la firmeza de los buenos principios y la integridad de carácter; todos, no obstante, profesando sin respeto humano sus convicciones religiosas. [...]

Este es el deber de los católicos; el éxito final será de aquel que vela amorosa y sabiamente por su inmaculada Esposa, y de quien está escrito: «*Jesus Christus heri, et hodie: ipse et in saecula*» (Heb 13, 8). ✧

Fragmentos de: LEÓN XIII.

*Pervenuti all'anno
vigesimoquinto, 19/3/1902:
ASS 34 (1901-1902), 515-532.*

*El cuadro que
se presenta ante
nosotros no debe
sacudir en el auxilio
divino; Satanás
jamás logrará el
éxito definitivo*

Basilica de Nuestra Señora del
Rosario, Cateiras (Brasil)



Jesús perdona a la mujer adúltera
Parroquia de San Patricio, Massachusetts (EE. UU.)

EVANGELIO

En aquel tiempo, ¹Jesús se retiró al monte de los Olivos. ²Al amanecer se presentó de nuevo en el templo, y todo el pueblo acudía a Él, y, sentándose, les enseñaba. ³Los escribas y los fariseos le traen una mujer sorprendida en adulterio, y, colocándola en medio, ⁴le dijeron: «Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. ⁵La ley de Moisés nos manda apedrear a las adúlteras; tú, ¿qué dices?». ⁶Le preguntaban esto para comprometerlo y poder acusarlo. Pero Jesús, inclinándose, escribía con el dedo en el suelo. ⁷Como insistían en preguntarle, se incorporó y les dijo: «El que esté sin pecado, que le tire la primera piedra». ⁸E inclinándose otra vez, siguió escribiendo. ⁹Ellos, al oírlo, se fueron escabullendo uno a uno, empezando por los más viejos. Y quedó solo Jesús, con la mujer en medio, que seguía allí delante. ¹⁰Jesús se incorporó y le preguntó: «Mujer, ¿dónde están tus acusadores?; ¿ninguno te ha condenado?». ¹¹Ella contestó: «Ninguno, Señor». Jesús dijo: «Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más» (Jn 8, 1-11).

La Misericordia frente a la miseria

Con tan sólo una condición, el perdón impactante, inesperado y magnánimo del Hijo de Dios le fue concedido a una miserable pecadora, merecedora de la muerte temporal y la eterna. ¿Qué lección nos deja ese episodio?

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP



I – HACER EL BIEN COMBATIENDO EL MAL

La Sagrada Revelación nos transmite en numerosos pasajes del Nuevo Testamento la sorprendente riqueza de la misericordia de Nuestro Señor. En el Evangelio de este quinto domingo de Cuaresma, no obstante, el perdón parece alcanzar su cenit al ser narrado el episodio de la mujer sorprendida en adulterio.

La escena se desarrolla en el contexto del viaje de Jesús a Jerusalén con motivo de la fiesta judía de las Tiendas. Inicialmente, el divino Maestro, apremiado por sus parientes, se niega a subir con ellos a la Ciudad Santa, porque aún no había llegado su hora (cf. Jn 7, 2-9). Sin embargo, la expectativa de su eventual presencia en las inmediaciones del Templo era muy alta, como lo atestigua el propio evangelista: «Los judíos lo buscaban en la fiesta y decían: “¿Dónde está?”, y había muchos comentarios acerca de Él entre las turbas. Unos decían: “Es bueno”; otros decían: “No, sino que engaña a la gente”» (Jn 7, 11-12).

Jerusalén, abarrotada de peregrinos provenientes de la diáspora, está dividida a propósito de Jesús el Nazareno. Las élites y parte del pueblo detestan y denigran al verdadero Mesías, mientras que una *sanior pars*, probablemente la mayoría, lo escucha con entusiasmo.

De encuentro al combate

En ese tenso y peligroso ambiente, Nuestro Señor comparece en Jerusalén de improviso, en medio de los festejos que venían realizándose ya desde hacía unos días. Con sus enseñanzas extasiaba a la muchedumbre y neutralizaba a sus oponentes. Tal era la irradiación de su majestuosa bondad que los guardias de los sacerdotes, encargados por sus jefes de prenderlo, regresan con las manos vacías y maravillados. Interrogados ante el fracaso de su misión, sólo responden: «Jamás ha hablado nadie como ese hombre» (Jn 7, 46). La trampa se había convertido en una gloriosa victoria de la Verdad sobre la hipocresía.

No parece descabellado pensar que los escribas y los fariseos, irritados al ver a Jesús escapándose de sus garras, hubieran fraguado el caso de la adúltera a fin de comprometerlo y desprestigiarlo, justificando así su captura ante el pueblo.

El episodio, no obstante, supuso un completo fracaso para quienes lo urdieron. Nuestro Señor los dispersó infundiéndoles el terror de ser desenmascarados, razón por la cual, una vez más victorioso, podrá elevar el tono de su discurso y desvelar con rigurosa franqueza, ante toda la opinión pública, la malicia de sus adversarios. Al actuar de esta manera, el divino Maestro nos está ense-

Al verse derrotados por la majestad de Nuestro Señor Jesucristo, sus enemigos buscaban un medio de desprestigiarlo ante el pueblo

Al acusar a la adúltera delante de Jesús, los fariseos se valieron de malicia y de duplicidad, movidos por intenciones dignas de los hijos del demonio

ñando que es imposible hacer el bien sin combatir al mal.

En los versículos sucesivos, Jesús afirmará respecto a los jefes del pueblo: «Vosotros sois de aquí abajo, yo soy de allá arriba: vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo. Con razón os he dicho que moriréis en vuestros pecados: pues, si no creéis que “Yo soy”, moriréis en vuestros pecados» (Jn 8, 23-24). Y además declarará con escalofriante severidad: «Vosotros sois de vuestro padre el diablo y queréis cumplir los deseos de vuestro padre. Él era homicida desde el principio y no se mantuvo en la verdad porque no hay verdad en él. Cuando dice la mentira, habla de lo suyo porque es mentiroso y padre de la mentira» (Jn 8, 44).

Así pues, el triunfo de Jesús sobre la malicia de los escribas y los fariseos en el caso de la adúltera le permitió hacer la más implacable denuncia profética, instando al pueblo a optar a favor de Él y contra sus detractores.

II – CONMOVEDOR Y EFICAZ PERDÓN

La escena narrada en el Evangelio de este domingo es de una grandeza rutilante. En ella brillan virtudes aparentemente opuestas como la misericordia llevada a un extremo altamente consolador para los pecadores y la justicia con la que Nuestro Señor amenaza con desenmascarar, cual nuevo Daniel, los crímenes ocultos de los fa-

riseos y los obliga a huir de su presencia impelidos por un miedo irresistible.

El carisma del perdón

En aquel tiempo, ¹Jesús se retiró al monte de los Olivos. ²Al amanecer se presentó de nuevo en el templo, y todo el pueblo acudía a Él, y, sentándose, les enseñaba.

Nuestro Señor solía sacrificar el sueño a fin de entregarse a la oración. ¿Cómo sería la intimidad entonces establecida entre la santísima humanidad del Salvador, libre de las distracciones de la acción apostólica, y su amado Padre? Nos es imposible imaginarlo, pero el mero hecho de plantear la cuestión nos acerca a un elevadísimo nivel y nos llena de temor y admiración.

Es muy simbólico ese pormenor de que Jesús haya elegido para recogerse, antes de manifestar su perdón de un modo esplendoroso, el monte de los Olivos. Alcuino¹ explica que en griego las palabras *olivo* y *misericordia* tienen la misma raíz. Por tanto, la misericordia sería como el bálsamo perfumado de Dios que sana, purifica y levanta de nuevo a los pecadores.

Tras el período de su sacrosanto aislamiento, Nuestro Señor baja al Templo para enseñar al pueblo. La gente acudía en masa, sedientas de escuchar al Maestro: el ambiente estaba preparado para una de las manifestaciones más conmovedoras de la indulgencia del Señor.

Malicia y duplicidad de los hijos del demonio

^{3a} Los escribas y los fariseos le traen una mujer sorprendida en adulterio, ...



Los fariseos acusando a la pecadora, detalle de «Cristo y la adúltera», por Belisario Corenzio - Cartuja de San Martín, Nápoles (Italia)

Con relación al crimen de adulterio, la Sagrada Escritura era categórica: «Si un hombre come-te adulterio con la mujer de su prójimo, serán castigados con la muerte: el adúltero y la adúltera» (Lev 20, 10; cf. Dt 22, 22). Si bien en el episodio que nos ocupa los denunciadores únicamente presentan a la mujer y no a su compinche, detalle determinante para quien conoce la malicia diabólica y la

duplicidad viperina de los maestros de la ley y los fariseos.

Aunque la falta de la desdichada adúltera fuera real, la manera de exponer el caso es maliciosa, todo ello envuelto en las brumas de la mentira. En efecto, bastaba que dos personas testimoniaran el nefasto pecado de traición conyugal para que se diera la lapidación de los culpables. Y los primeros que tirarían las piedras serían precisamente los que habían visto en flagrante el deplorable hecho. ¿Por qué los fariseos arrastraron a la acusada sin presentar a su cómplice y omitieron la identidad de los testigos? Detrás de esta manera de actuar poco recta se ocultaban sin duda pésimas intenciones, dignas de los hijos del demonio.

Eres sincero con el sincero, pero con el perverso...

^{3b} ... y, colocándola en medio, ⁴le dijeron: «Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante adulterio. ⁵La ley de Moisés nos manda apedrear a las adúlteras; tú, ¿qué dices?».

Los fariseos, en su soberbia, creyeron haber engañado al propio Hijo de Dios... De hecho, la trampa que le prepararon era falaz hasta el último punto.

Nuestro Señor era el Redentor, el Profeta de la bondad divina, el Médico que había venido para salvar a los enfermos (cf. Mc 2, 17). Pero no sólo eso. También era el Maestro recto y justo, que no pretendía cambiar ni atenuar la ley, sino llevarla a su pleno cumplimiento (cf. Mt 5, 17). Entonces, ponerlo ante la alternativa de perdonar a la adúltera violando la ley o ejecutar los dictámenes de Moisés sin concederle su misericordia, significaba dejarlo en una situación bastante delicada, cuya solución siempre perjudicaría su imagen, que los fariseos querían desprestigiar a toda costa.

Y aún existía un agravante: si optaba por aplicar la ley en su rigor, lo que parecía más probable por el calor y la evidencia de los hechos, infringiría la ley romana, que declaraba la pena de muer-



Otro detalle de «Cristo y la adúltera», por Belisario Corenzio
Cartuja de San Martín, Nápoles (Italia)

Francisco Lecaros

te competencia exclusiva del procurador imperial (cf. Jn 18, 31).

Sin embargo, aunque parecía genial la celada montada por los maestros de la ley y los fariseos, la astucia divina, aliada a la más rutilante rectitud, vencerá sobre la trama de los malvados de forma espléndida, conforme había anunciado el salmista: «Con el sincero, tú eres sincero; con el astuto, tú eres sagaz» (Sal 17, 27).

No tentarás al Señor, tu Dios

⁶Le preguntaban esto para comprometerlo y poder acusarlo. Pero Jesús, inclinándose, escribía con el dedo en el suelo.

Ofuscados por el orgullo que los llevaba a creerse los más expertos, los fariseos tientan al Hijo de Dios, incurriendo así en un pecado horrible, que será debidamente castigado.

Jesús, que estaba sentado mientras enseñaba al pueblo, se inclinó en silencio y se puso a escribir con el dedo en el suelo. Esta es la única ocasión en la que, según consta en los Evangelios, escribió algo, y lo hizo para humillar y desenmascarar a los enemigos de la verdad.

Son muchas las interpretaciones sobre este gesto divino. Unos autores piensan que Jesús escribió los pecados de aquellos pérfidos fariseos; otros, que simplemente los ignoró al actuar así. Quizá en los vaticinios del profeta Jeremías se encuentre una clave más adecuada para interpretar esa actitud del divino Maestro: «Señor, esperanza de Israel, quie-

He aquí la única ocasión en la que el Señor escribió algo, y lo hizo para humillar y desenmascarar a los enemigos de la verdad

*«El que
esté sin
pecado...». El divino
Legislador
exigía la
inocencia de
las costumbres
y la santidad
de vida de
esos corazones
empedernidos*

nes te abandonan fracasan; quienes se apartan de ti quedan inscritos en el polvo por haber abandonado al Señor, la fuente de agua viva» (Jer 17, 13).

Una sentencia inesperada, sabia y terrible

⁷ Como insistían en preguntarle, se incorporó y les dijo: «El que esté sin pecado, que le tire la primera piedra». ⁸ E inclinándose otra vez, siguió escribiendo.

Los fariseos, seguros de sí e ignorando el sentido de ese gesto de Nuestro Señor, prosiguen interrogándolo con obstinación. La presunción nubla las vistas interiores de aquellos desventurados, reduciéndolos a la estulticia. Así que estaban listos para caer en la trampa que ellos mismos habían armado.

Jesús, en cambio, actúa con sagacidad divina, absoluta superioridad y seguridad. Se levanta con un gesto impregnado de grandeza y profetismo y, fijando su divina mirada en aquellos sinvergüenzas, afirma: «El que esté sin pecado, que le tire la primera piedra». Al divino Legislador no le bastaba que hubieran testimoniado el acto delictivo para proceder a la lapidación de la inculpada. Exigía la inocencia de las costumbres y la santidad de vida, consciente de la terrible situación embarazosa en que ponía a esos corazones empedernidos el pecado.

La escena termina con Jesús volviendo a escribir en el suelo, esta vez con la intención de ha-

cerles entender a los maestros de la ley y a los fariseos qué significaba su gesto. Se trataba de un verdadero juicio simbólico, bastante claro para un conocedor de las Escrituras. Y parece que ellos lo entendieron muy bien y actuaron en consecuencia.

El divino Daniel

⁹ Ellos, al oírlo, se fueron escabullendo uno a uno, empezando por los más viejos. Y quedó solo Jesús, con la mujer en medio, que seguía allí delante.

La respuesta de Nuestro Señor llenó de pavor a los escribas y fariseos, hasta ese momento fanfarrones y presuntuosos. La palabra del Verbo Encarnado, divinamente afilada, obró con más eficacia que la más deletérea de las armas: al oír aquella réplica, los adversarios de Jesús fueron atravesados por la espada de la conciencia, la cual los acusaba de crímenes más horribles y numerosos que los de la miserable pecadora denunciada por ellos.

¿Se habrían acordado del profeta Daniel y de la casta Susana? De hecho, este predilecto de Dios, joven, pero lleno de celo por la justicia, deshizo con fino discernimiento las tramas de dos jueces ancianos marchitos en la lujuria, que intentaron condenar a la inocente dama.

¿Temían los fariseos y maestros de la ley ser descubiertos por el discernimiento de Jesús?

Todo apunta en ese sentido. Los milagros que realizaba, la sabiduría de sus palabras, el acierto de sus predicaciones lo configuraban como un profeta muy superior a Daniel. ¿No podría, ante el pueblo allí reunido, desenmascararlos y dejar su vergüenza en evidencia? ¿Para qué les habría servido el abyecto velo de la hipocresía con que intentaban encubrir sus crímenes? Lo cierto es que «se fueron escabullendo uno a uno, empezando por los más



«Cristo y la mujer adúltera», por Nicolás Colombel
Museo de Bellas Artes, Ruan (Francia)



«Susana ante Daniel», por Sebastiano Ricci
Galería Sabauda, Turín (Italia)

viejos». ¡Espléndida victoria de Jesús! Pese a todo, no quiso revelar en público las transgresiones de aquellos bellacos, a fin de darles una nueva oportunidad de convertirse, oportunidad ésta que sería rechazada una vez más.

Como resultado de las palabras de Nuestro Señor la situación se invirtió por completo. Los acusadores se retiraron deshechos, mientras que la mujer culpable, reconociendo la autoridad judicial del Redentor, permanecía ante Él a la espera de una sentencia. Es difícil medir los sentimientos de arrepentimiento, temor, esperanza y pánico que asaltaban el corazón de la adúltera al verse libre de sus encarnizados denunciadores, sola en medio de la multitud, mirando fijamente a quien podía salvarla o condenarla. Se producía, pues, el conmovedor y sublime encuentro de la miseria con la Misericordia.

Perdón generoso, arrepentimiento serio

¹⁰ Jesús se incorporó y le preguntó: «Mujer, ¿dónde están tus acusadores?; ¿ninguno te ha condenado?». ¹¹ Ella contestó: «Ninguno, Señor». Jesús dijo: «Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más»

Tras haber dispersado a sus enemigos, Nuestro Señor se levantó. El modo de pronunciar la sentencia es de una perfección absoluta, como si dijera: «Ya que tus detractores se han marchado cargados de crímenes, yo, que soy la Inocen-

cia y el Dios salvador, tampoco te condeno. ¿No recuerdas lo que afirmé por boca de Ezequiel?: “¿Acaso quiero yo la muerte del malvado —oráculo del Señor Dios—, y no que se convierta de su conducta y viva?” (Ez 18, 23). Y también: “Por mi vida —oráculo del Señor Dios— que yo no me complazco en la muerte del malvado, sino en que el malvado se convierta y viva. Convertíos, convertíos de vuestra perversa conducta. ¿Por qué os obstináis en morir, casa de Israel?”. (Ez 33, 11). Por eso, hija, te digo: te puedes ir y en adelante no peques más. Deja las vías del vicio y emprende el camino que conduce a mi Reino. El perdón que ahora te concedo por tu transgresión me costará la vida, pero yo soy el Buen Pastor y he venido a derramar toda mi sangre por las ovejas descarriadas».

Jesús muestra su compasión por el pecador, pero deja claro cuánto aborrece el pecado, y le ordena a la adúltera, con grave bondad, que no desobedezca nunca más los Mandamientos de su Padre. En efecto, la mejor penitencia consiste en no regresar jamás a las faltas pasadas.

Se puede suponer que junto con sus palabras Nuestro Señor le haya infundido en el alma de la infeliz una gracia sincera, seria y profunda de dolor por el mal realizado, así como una fuerza eficaz para la práctica de la virtud de la continencia. Aquella que estaba muerta por la culpa, volvió a la vida por el perdón; su inmundicia fue transformada en virtud por la Fuente de agua viva.

¿Se habrían acordado del profeta Daniel y de la casta Susana? La sabiduría de Jesús y sus milagros lo configuraban como un profeta muy superior...

*Aquella que
estaba muerta
por la culpa,
volvió a la
vida por el
perdón. Lo
mismo sucede
con nosotros
cuando
recurrimos con
sinceridad al
sacramento de
la Confesión*



Reproducción

El sacramento de la Penitencia, por Francesco Novelli

III – ¡NO PEQUEMOS MÁS!

El pecado, del tipo que sea, puede ser comparado al adulterio. En la Sagrada Escritura a menudo se asocia la idolatría a la infidelidad conyugal, sapiencialmente detestada a partir de la Ley mosaica. Tal relación tiene un profundo significado que merece nuestra atención.

El primer mandamiento prescribe un amor total, incondicional y exclusivo a Dios. Nuestro Señor mismo nos lo recuerda con gran énfasis: «El primero es: “Escucha, Israel, el Señor, nuestro Dios, es el único Señor: amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente, con todo tu ser”» (Mc 12, 29-30). Este amor ha de atarnos a Dios mediante una unión toda ella espiritual, más íntima y sagrada que la de los esposos en el casto matrimonio.

En el extremo opuesto, San Agustín² define el pecado como una aversión a Dios y una inclinación hacia las criaturas. Por lo tanto, darle la espalda al Todopoderoso a fin de idolatrar en su lugar a seres contingentes es una traición similar al adulterio, pues significa dejar al único y verdadero Amor para seguir al efímero, caduco, engañoso. En este sentido, ofendemos a Dios con nuestras faltas de un modo semejante o peor que la adúltera con su concupiscencia.

Pongámonos en el lugar de aquella pobre mujer. Reos por el pecado, podemos habernos merecido el infierno en más de una ocasión, si no muchas veces. El miedo a la lapidación es una banal sombra comparado a la luz del sano temor que

debe inspirar en nosotros el pensamiento del castigo eterno, del fuego y del rechinar de dientes, así como de la pena de daño, que consiste en permanecer enemigo de Dios por siempre. Seguramente, la inminencia de verse sepultada bajo una lluvia de piedras llevó a la culpable a reflexionar. ¿Cómo no pensamos en las consecuencias de una muerte en pecado mortal?

Por otra parte, consideremos la utilidad de la humillación. ¿Cuántos no piensan insupportable rebajarse hasta el punto de declarar sus faltas a un sacerdote? Sin embargo, pensemos en el bien que le hizo a la adúltera el verse incrimina-

da en público, ante una multitud que la miraba con repulsa. Es mejor humillarse en esta vida que sufrir el desprecio de los ángeles y bienaventurados por toda la eternidad. ¡Bendito sacramento de la Confesión! Basta con que seamos sinceros y nos acusemos con sencillez para que el corazón de Dios cambie con respecto a nosotros y, en lugar de oír la sentencia de condenación, escuchemos la suave y paternal fórmula de la absolución.

Así será ¡siempre que estemos dispuestos a no pecar más!

Y nuestra conversión podrá ser facilitada por el hecho de contar con el auxilio de Nuestra Señora. Ella fue el regalo regio e insuperable que, en un extremo de conmiseración, el Buen Pastor nos dio en lo alto de la cruz. Gracias a la mediación omnipotente de María, no hay pecado que no obtenga perdón amplio e inmediato, ni pecador que no pueda santificarse de modo más perfecto. Confíemos en su Corazón materno e inmaculado, el cual es la expresión de su bondad inefable, de su dulzura inenarrable, de su misericordia inagotable. ✧

¹ Cf. ALCUINO, apud SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Catena Aurea. In Ioannem*, c. VIII, vv. 1-11.

² Cf. SAN AGUSTÍN. De libero arbitrio. L. I, c. 16, n.º 35. In: *Obras*. 3.ª ed. Madrid: BAC, 1963, v. III, p. 245.

Una mirada que puede salvarnos

Plinio Corrêa de Oliveira

Nuestra Señora tiene ojos de misericordia, y una simple mirada suya puede salvarnos. Su dulzura es invariable, su auxilio ilimitado, listo para socorrernos en cualquier momento, sobre todo en las dificultades de nuestra vida espiritual. Éstas suelen ser de dos clases.

En primer lugar, la crisis que podríamos llamar clásica, cuando el individuo se siente tentado y, por tanto, vacilante entre el bien y el mal, con la posibilidad de ser arrojado al precipicio del pecado de un momento a otro. Parece evidente que María es nuestro auxilio, en la plenitud del término, en estas circunstancias.

Sin embargo, la solicitud de la Madre de Misericordia se dirige también hacia quien se encuentra en un aprieto espiritual mucho más grave, y que se traduce mediante esta súplica: «Madre mía, al sucumbir al peso de la tentación, no he andado bien. He pecado. Tengo recelo de acostumbrarme al pecado y en él embrutecerme. Por otro lado, inmensa es mi voluntad de regenerarme. Sé que no merezco vuestra protección, pero, porque sois la Auxiliadora de todos los cristianos, no solamente de los buenos, sino hasta de los más miserables, os pido: venid a auxiliarme». En este caso, es el propio hecho de haber caído

en pecado el que se alega ante Nuestra Señora, como razón para obtener su socorro. Se trata del desamparado que encuentra en su infortunio el motivo por el cual debe implorar la misericordia de María.

Está en la misión de la Santísima Virgen, es el movimiento profundo de su corazón materno, reconciliar a los pecadores con Dios. Porque la madre tiene bondades, ternuras, indulgencias y paciencias que otros no poseen. Entonces Ella pide a su divino Hijo por nosotros y nos obtiene una serie de gracias, un sinnúmero de perdones que jamás alcanzaríamos sin su intercesión.

Es por eso que debemos dirigirnos a Ella con toda confianza, constantemente, suplicándole: «¡Volved hacia nosotros, oh Madre, esos vuestros ojos de misericordia!». ✧

CORRÊA DE OLIVEIRA, Plinio.
«Vossos olhos misericordiosos a nós voltei...». In: *Dr. Plinio*.
São Paulo.
Año II. N.º 10
(ene, 1999); p. 28.



Gustavo Krahl

La Virgen con el Niño -
Museo Metropolitano
de Arte, Nueva York

El encuentro entre dos pontífices

En una de las escenas más grandiosas de la Historia, el pontífice transitorio se halla ante el Pontífice eterno; el sumo sacerdote de la Antigua Ley ante el Sumo Sacerdote de la Nueva Alianza; un cristo ante el Cristo; la prefigura ante su plena realización.

Nelson José Camilo López



Al recorrer las páginas de los Evangelios, con facilidad nos emocionamos contemplando las maravillas que nuestro Salvador realizó cuando «se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1, 14). Movidito por un amor infinito, nos trajo la Buena Nueva y la certificó con numerosos milagros, los cuales no se limitaban a restituir un bienestar natural a quien lo necesitaba, sino que tenían como principal finalidad restaurar en las almas la unión con su Creador, perdida por el pecado.

El sumo sacerdote debería servir de puente entre los hombres y Dios, es decir, ser la prefigura de aquel que uniría el Cielo y la tierra

Nuestro Padre Jesús ante Caifás
Parroquia de San Gonzalo,
Sevilla (España)

En efecto, había llegado la «plenitud del tiempo» (Gál 4, 4) y la humanidad sería objeto de la mayor muestra del amor divino: la Redención obrada por el Verbo Encarnado, que se cumpliría en la hora entre todas bendita del «*consummatum est*» (Jn 19, 30).

Sin embargo, el Señor quiso que tan sublime reconciliación se prenunciara de diversas formas. Una de ellas fue el establecimiento del sacerdocio levítico en Aarón, por medio de Moisés, institución que debía preparar la manifestación del sacerdocio eterno de Jesús al mundo.

Muy diferente, no obstante, fue la actitud de las autoridades religiosas de Israel, cuyo rechazo a los planes de la Providencia acerca de ellas se consumaría con el juicio del Hijo de Dios, al comienzo de la Pasión.

Sacerdocio levítico, prefigura del sacerdocio eterno

La institución del sacerdocio levítico pretendía constituir varones que sirvieran de puente entre los hombres y Dios, o sea, que fueran prefiguraciones de aquel que uniría efectivamente el Cielo y la tierra.

Dicha misión se aplicaba sobre todo al sumo sacerdote, desig-

nado, por tal motivo, con el término *pontífice*, cuya etimología es *fabri-cante de puentes*. A él le correspondía la preeminencia entre los levitas (cf. Lev 21, 10).

Cuando el pontífice era consagrado, se le ungía con óleo (cf. Lev 8, 12; Núm 3, 3). Así, en cierto modo, podía ser considerado como un *criso* —que en griego significa *ungido*—, lo que le confería un rasgo prefigurativo más del Mesías.

Inicialmente, el cargo era vitalicio y de sucesión hereditaria. Por otra parte, la función recaía en la descendencia de Aarón, no en cualquier levita. Con todo, la secuencia se interrumpe en la época de los Macabeos, cuando Jonatán asume el pontificado (cf. 1 Mac 10, 20).

Más tarde, Herodes el Grande eliminaría su carácter vitalicio y en la época de Jesús tal dignidad era prácticamente comprada al poder romano, que dominaba Judea. De esta manera el sumo sacerdocio se distanció enormemente del designio que Dios le había trazado en la Ley mosaica.

Sumo sacerdote en el momento auge de la Historia

Tres Evangelios mencionan a Caifás nominalmente (cf. Mt 26, 3.57; Lc 3, 2; Jn 11, 49; 18, 13) como sumo sacerdote en el cargo durante la vida pública del Salvador, por lo que conviene prestar atención en su figura.

¿Acaso fue un pontífice legítimo? San Juan admite que sí (cf. Jn 11, 51). Pero una cosa es cierta: desde el momento en que se volvió contra Jesucristo, negando que Él era el Mesías, se convirtió en un usurpador.

Casado con la hija de Anás —anterior pontífice—, fue nombrado sumo sacerdote por Valerio Grato. Los hermanos Lémann,¹ judíos conversos y sacerdotes de Cristo, sitúan su pontificado entre los años 25-36 d. C. Fue depuesto en el año 36 por Lucio Vitelio, gobernador de Siria, al mismo tiempo que Pilato.

Hay un aspecto que llama la atención es su prolongada permanencia en el cargo: sus predecesores no lograron conservar tal dignidad más de un año y algo similar ocurrió con sus cinco sucesores inmediatos.

Al ser el sumo sacerdote en aquel momento auge de la Historia de la humanidad, ¿no habría tenido un singular llamamiento? Nos es legítimo ponderar cuál sería la vocación de esta alma. Si Caifás hubiera correspondido a la gracia ¿qué maravillas podrían haber ocurrido? Debería ser, a todas luces, un *pontífice*, pues le correspondería construir el puente entre el antiguo sacerdocio y el nuevo. Ciertamente, su deber era someterse con humildad a Jesús y depositar a sus pies la milenaria institución del sacerdocio, que en breve sería elevada a la categoría de sacramento.

Sin embargo, sucedió exactamente lo contrario: desató una feroz persecución contra aquel que, según erróneamente pensaba, amenazaba su estabilidad en el pontificado y, finalmente, consiguió prenderlo, con el plan de condenarlo a muerte.

Dos pontífices se encuentran

Llega la hora del juicio y se produce el encuentro entre dos pontífices. En efecto, el sumo pontífice transitorio se halla ante el eterno Pontífice, el sumo sacerdote de la Antigua Ley

ante el Sumo Sacerdote de la Nueva Alianza (cf. Heb 9, 15), un *criso* ante «el Cristo», la prefigura ante su plena realización.

El supuesto juicio tuvo lugar en la casa del propio Caifás, donde estaba reunido el sanedrín para arrancar a cualquier precio la condena del Justo, aunque se requiriera para ello numerosas infracciones jurídico-religiosas.²

Artimaña tras artimaña, los miembros de esa perversa asamblea no escatimaron esfuerzos para lograr sus objetivos. El pontífice, al igual que la jerarquía sanedrítica, estaba preso del miedo, la inseguridad y el apremio, lo que le llevó a actuar imprudentemente.

Sobornaron a hombres para que dieran falsos testimonios: «Aquel des-

*Al volverse contra
Nuestro Señor
Jesucristo,
negando que fuera
el Mesías, Caifás
se convirtió en
un usurpador*



Lobillo (CC by-sa 3.0)

Los que prendieron a Jesús lo condujeron a casa de Caifás, el sumo sacerdote, donde se habían reunido los escribas y los ancianos. Pedro lo seguía de lejos hasta el palacio del sumo sacerdote y, entrando dentro, se sentó con los criados para ver cómo terminaba aquello.

Los sumos sacerdotes y el Sanedrín en pleno buscaban un falso testimonio contra Jesús para condenarlo a muerte y no lo encontraban, a pesar

de los muchos falsos testigos que comparecían. Finalmente, comparecieron dos que declararon: «Este ha dicho: “Puedo destruir el templo de Dios y reconstruirlo en tres días”».

El sumo sacerdote se puso en pie y le dijo: «¿No tienes nada que responder? ¿Qué son estos cargos que presentan contra ti?». Pero Jesús callaba. Y el sumo sacerdote le dijo: «Te conjuro por el Dios vivo a que nos digas si tú eres

el Mesías, el Hijo de Dios». Jesús le respondió: «Tú lo has dicho. Más aún, yo os digo: desde ahora veréis al Hijo del hombre sentado a la derecha del Poder y que viene sobre las nubes del cielo».

Entonces el sumo sacerdote rasgó sus vestiduras diciendo: «Ha blasfemado. ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Acabáis de oír la blasfemia. ¿Qué decidís?». Y ellos contestaron: «Es reo de muerte» (Mt 26, 57-66).

file de “falsos testigos”, a sabiendas de que lo eran, como sugiere no oscuramente San Mateo (cf. Mt 26, 59-60), acusa una perversidad y una deformación moral inconcebibles».³

Al no conseguir mediante esa maniobra lo que quería, Caifás lanzó una nueva embestida, también ilícita, para obligar al Salvador a que declarara contra sí mismo: «Te conjuro por el Dios vivo a que nos digas si tú eres el Mesías, el Hijo de Dios» (Mt 26, 63).

Constreñir a alguien a confesar a favor de su propia condena es una actitud absolutamente ilegítima. El Señor le responde, no por respeto a una autoridad que carecía de derecho a interrogarle, sino porque en esa ocasión su silencio equivaldría a una retractación.

Tan pronto como Jesús afirma taxativamente que es el Hijo de Dios, Caifás, dominado por la ira, se rasga las vestiduras como si hubiera oído una blasfemia. Muy profundo es el comentario de San Jerónimo al respecto: «Mas rasga sus vestimentas el príncipe de los sacerdotes para manifestar que los judíos han perdido la gloria del sacerdocio y que los pontífices tienen sede vacante».⁴

¿De dónde venía tanto odio?

Ante esta escena, nos podemos preguntar de dónde nace, no sólo en Caifás, sino también en los demás sacerdotes, tanto odio con relación a quien era la «esperanza de Israel» (Hch 28, 20).

Alguien podría alegar que no tenían conocimiento de que Jesús, de hecho, era el Mesías que había de venir al mundo. Después de todo, ¿no había pedido Él mismo perdón por sus verdugos porque no sabían lo que hacían? A propósito de esta petición del Señor —las primeras palabras que dijo desde la Cruz—, Santo Tomás de Aquino⁵ distingue que la culpa de la condenación del divino Maestro recayó de manera diferente sobre dos tipos de personas: el pueblo y las autoridades religiosas.

Los primeros pidieron su muerte porque fueron arrastrados por sus jefes. No obstante, Jesucristo afirma que son culpables —a pesar de su ignorancia—, porque nadie pide perdón por alguien que no ha cometido ninguna falta. En efecto, ¿cuántos de los que habían sido curados, exorcizados y perdonados por el Buen Pastor no gritaron: «¡Crucifícalo!»? Sólo Dios lo sabe...

Por otra parte, las autoridades judías, en función del conocimiento que tenían sobre las profecías y la Sagrada Escritura, tenían elementos para reconocer a Jesús como el Mesías. Y los numerosos milagros que realizó lo ratificaban hasta la saciedad, como lo confirman los mismos sumos sacerdotes al declarar que el Señor debía morir, pues, de lo contrario todos creerían en Él (cf. Jn 11, 48). Además, en las últimas lides verbales con estos contendientes suyos antes de la Pasión, el Salvador no escatimó argumentos teológicos y filosóficos que, habiéndolos dejado sin respuesta, eran más que suficientes para convencerlos finalmente de la divinidad de su Persona y misión.

Ofuscados por el odio y la envidia, optaron por no creer que Él era el Hijo de Dios, incurriendo en una culpable ignorancia, que agravaba aún más su pecado. Por eso el Doctor Angélico concluye que las palabras del divino Crucificado se aplicaban a las clases inferiores del pueblo y no a los príncipes de los judíos.⁶

¿Una sentencia sin valor?

Se sigue la condenación de Jesús, concluyendo aquel juicio «sin ningún

valor moral en los jueces, ni valor jurídico en su fallo»,⁷ en palabras de los hermanos Lémann.

La opinión de los dos estudiosos es completamente razonable. Pero ¿será absoluta desde todos los puntos de vista? Desde el prisma legal, la condena del Señor carecía de valor. Sin embargo, ¿acaso ese inmenso pecado, perpetrado con refinamientos de malicia, no tuvo peso en otro terreno? ¿Semejante condena no acarrearía graves consecuencias?

Un pequeño detalle registrado en el Evangelio de San Juan tal vez arroje luz sobre el asunto: el apóstol virgen no narra el juicio que tuvo lugar en casa de Caifás, únicamente lo menciona (cf. Jn 18, 24.28). ¿Por qué ese silencio, precisamente por parte del evangelista que describe la Pasión con mayor riqueza de pormenores?

Comenta el P. Ignace de La Potterie⁸ que no es fácil interpretar un silencio, pues existen múltiples razones para no hablar de algo y plantea la hipótesis de que, a diferencia de los otros evangelistas, que procuraron resaltar el aspecto fraudulento del juicio, el Discípulo Amado lo considera desde una perspectiva más elevada.

Mientras la trama histórica nos presenta la infame condena del Justo, la reflexión teológica apunta a una rea-

lidad bien distinta: toda la Pasión fue un juicio, en el cual el Señor era el verdadero Juez y el reo era el mundo (cf. Jn 12, 31). Los vaivenes del inicuo proceso poco le interesan a San Juan, porque sabía ver, por encima de aque-

llos hechos, las implicaciones sobrenaturales de lo que estaba pasando: cuando Caifás y las demás autoridades judías clamaban por la crucifixión del Hombre Dios, atraían sobre sí mismos la sentencia de condenación.

A pesar de todo, ¡Dios siempre vence!

Lamentablemente, Caifás y los demás príncipes de los sacerdotes no fueron fieles al cargo que Dios les había confiado de guiar al pueblo hacia aquel que es «el camino y la verdad y la vida» (Jn 14, 6). Al contrario, lo rechazaron con odio mortal y, por medio de un injusto juicio, condenaron a muerte al Juez Supremo, imaginando obtener con ello su completa derrota.

No obstante, aunque los enemigos de Dios multipliquen sus conspiraciones, Él no dejará de

llevar a cabo sus planes. En realidad, con la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesucristo, las profecías alcanzaron su máximo cumplimiento. Al ser ultrajado, insultado, abofeteado, condenado, azotado, coronado de espinas y finalmente crucificado y asesinado, el Señor obtuvo la mayor victoria de la Historia: no sólo restauró la unión de la humanidad pecadora con Dios, desempeñando plenamente su papel de sumo pontífice, sino que también nos abrió las puertas del Cielo. ✧



Jesús ante Caifás, por Martín Schongauer
Museo Unterlinden, Colmar (Francia)

*En realidad,
toda la Pasión
fue un juicio,
en el cual el Señor
era el verdadero
Juez y el reo era
el mundo*

¹ Cf. LÉMANN, Augustin; LÉMANN, Joseph. *Valeur de l'assemblée qui prononce la peine de mort contre Jésus-Christ*. 3.ª ed. Paris: Victor Lecoffre, 1881, p. 32.

² Con respecto a las transgresiones que hicieron inválido el procedimiento que condenó Cristo, véase el artículo:

VIETO RODRÍGUEZ, Santiago. El más injusto e infame juicio de la Historia. In: *Heraldos del Evangelio*. Madrid. Año XVI. N.º 176 (mar, 2018); pp. 16-19.

³ CASTRILLO AGUADO, Tomás. *Enemigos de Jesús en la Pasión, según los Evangelios*. Madrid: FAX, 1960, p. 104.

⁴ SAN JERÓNIMO. Comentario a Mateo. L. IV (22, 41-28, 20), c. 26, n.º 261. In: *Obras Completas*. Madrid: BAC, 2002, v. II, p. 391.

⁵ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO. *Suma Teológica*. III, q. 47, a. 5-6.

⁶ Cf. *Ídem*, a. 6, ad 1.

⁷ LÉMANN; LÉMANN, op. cit., p. 108.

⁸ Cf. LA POTTERIE, Ignace de. *La Pasión de Jesús según San Juan. Texto y espíritu*. Madrid: BAC, 2007, pp. 52-54.



«Seré una monja famosa»

Soñando con los escenarios de Hollywood, una talentosa joven recibió una propuesta inesperada... Lo que no imaginaba es que, detrás de esa invitación, estaba la mano de la Providencia deseosa de atraerla hacia sí.



Hna. Diana Milena Devia Burbano, EP

En pleno siglo XXI, a más de dos mil años del supremo sacrificio obrado en el Calvario, a menudo se cree que la santidad es un ideal del pasado incompatible con la vida de nuestros días, intangible en medio de la globalización, impensable en el mundo de la mensajería instantánea y de las redes sociales.

Era lo que también pensaba una disipada joven irlandesa hasta que, un Viernes Santo, la mirada del Crucificado cambió el destino de su existencia...

Una irlandesa talentosa

Clare Theresa Crockett nació en Derry, Irlanda del Norte, el 14 de noviembre de 1982. Primera hija del matrimonio Gerard Crockett y Margaret Doyle, desde temprana edad mostró poseer un carácter fuerte, encantador y vivaz. Llena de dotes y talentos naturales, esparcía una alegría contagiosa y siempre estaba rodeada de amigos, aunque su temperamento fogoso provocara, muchas veces, peleas y desacuerdos...

Actriz nata, acostumbrada a ser el centro de las atenciones y conocida

como una niña desafiante, Clare ponía en aprieto a sus profesores con sus ingeniosas salidas. Muy inteligente, llevaba bien sus estudios sin grandes esfuerzos. No obstante, frecuentemente usaba métodos poco loables: en una ocasión, llegó a robar el libro de respuestas de su profesora, para hacer los deberes con más rapidez...

Como era de esperar, Clare no siempre utilizaba sus capacidades para el bien. Se aprovechaba de ellas también para mentir, fingir, dramatizar... Para ella, todo estaba justificado cuando se trataba de lograr sus objetivos.

La niña creció en un ambiente de relativa catolicidad, hasta que su familia se vio afectada por ciertas adversidades que la llevaron a un profundo alejamiento de la fe. A pesar de continuar cumpliendo algunos deberes que sus padres le exigían por conveniencia social, fue abandonando cada vez más el camino verdadero para iniciar otro, marcado por el vicio y por el pecado. Muy pronto conoció el tabaco, el alcohol y las malas compañías; frecuentaba discotecas valiéndose de documentos falsos y bebía descontroladamente.

Pese a ello, en su personalidad floreció una cualidad singular: la determinación. «O todo o nada» fue, de hecho, el lema que orientó su vida.

Soñando con los escenarios de Hollywood

Habiendo desarrollado sus dotes artísticos, Clare desempeñó diversos papeles en teatros, anuncios y programas de televisión, con vistas a la realización de su mayor sueño: ser una actriz famosa. Se dedicó al estudio de las artes escénicas y aprovechó cada oportunidad para demostrar su talento, en el cual los que la rodeaban depositaban grandes esperanzas.

Sin embargo, con el paso del tiempo, lejos de sentirse feliz con sus conquistas, Clare empezó a darse cuenta del inmenso y constante vacío que habitaba su corazón: cada nuevo éxito conllevaba profundas depresiones. Aunque todavía le atrajeran mucho el prestigio y las glorias mundanas, sentía que había algo más allá de aquella felicidad que tanto anhelaba. Si bien que al no lograr comprender de qué se trataba, se hundía cada vez más en sus vicios.

En un retiro espiritual y no en la playa...

En el año 2000, Clare recibió una invitación. En realidad, se debió a un malentendido, detrás del cual estaba la mano de la Providencia deseosa de atraerla hacia sí.

Su mejor amiga, Sharon Doherty, había planeado viajar a España la semana de Pascua. Pero unos días antes una operación de apendicitis se lo impidió. Como no quería perder el billete, que ya estaba pagado, se lo ofreció a Clare. Ilusionada por el atractivo turístico del lugar, aceptó la propuesta, segura de que la esperaban agradables playas y agitadas discotecas.

Lo que no imaginaba era que marchaba a un retiro de Semana Santa con el Hogar de la Madre,¹ y a una peregrinación a varios santuarios de Europa. El susto que se llevó al hallarse ante unos días de oración forzada ¡fue monumental! Al no poder librarse del compromiso ya asumido, decidió, entonces, disfrutar del viaje tanto como pudiera, asistiendo lo menos posible a las reuniones y meditaciones.

El Viernes Santo, no obstante, Clare tuvo que comparecer a la ceremonia litúrgica, por ser una fecha muy especial. En determinado momento, sin saber muy bien de qué se trataba, entró como todos en una fila para adorar la Santa Cruz. Imitando tan sólo lo que hacían las personas que tenía delante, se arrodilló y besó el crucifijo. Sin embargo, este acto le causó un fuerte impacto interior.

Así describe ella misma la gracia que la tocó: «Yo no sé explicar exactamente lo que pasó, no vi ningún coro de ángeles ni ninguna paloma blanca que venía desde el techo hacia mí, pero tuve la certeza de que por mí el Señor estaba en la cruz. Y junto con esta convicción, me acompañó un vivo dolor [...]. Al regresar a mi banco, yo ya tenía una huella dentro que no tenía antes. Yo tenía que hacer algo por Él, que había dado su vida por mí».²

Sin esperárselo, Clare se vio en esa ocasión a solas con Jesús, sintió un inmenso dolor por sus pecados —cometidos contra aquel Amor que se derramaba sobre ella— y comprendió que nada podría hacer para consolarlo, excepto darle su vida.

«Ha muerto por mí; me ama», era la única frase que conseguía articular entre lágrimas después de la bendecida celebración. Extrañamente, y según su carácter aún muy superficial, Clare quiso unir su ansia de celebridad a su nuevo deseo de santidad, explicándoselo a todos los peregrinos, el mismo día en que la gracia la visitó: «Quiero ser famosa. [...] Pero hace una hora yo quería ser monja también. Así que me he dicho a mí misma: “Seré una monja famosa”».³

Ahora bien, Clare difícilmente podía imaginar que su sueño se cumpliría al pie de la letra: ¡Dios haría de ella, de hecho, lo que ella había esbozado en esa ocasión!

Nuevas caídas y la decisión final

No obstante, el camino de esta alma sería aún largo y lleno de dificultades. Poseía, mezclados en su in-

terior, la flaqueza de la naturaleza humana caída y el corazón de un águila, que vacilaba en echar a volar.

Tras haber hecho un segundo viaje con las Siervas del Hogar de la Madre, rama femenina de la asociación, regresó a Irlanda y su lucha se volvió feroz: los estudios y las fiestas de nuevo eran lo cotidiano, mes tras mes, sin que se decidiera a cortar con el mundo; y las malas amistades y los vicios la arrastraron, cual otra Magdalena, a abismos aún peores que los pasados.

Clare quería borrar de su memoria las gracias que había recibido con las hermanas del Hogar, pero el Señor la «perseguía» con amor paterno.



Reproducción



hermanaclare.com

«Tuve la certeza de que por mí el Señor estaba en la cruz [...] Yo tenía que hacer algo por Él, que había dado su vida por mí»

Clare besando el crucifijo durante la ceremonia de Viernes Santo en el monasterio de San Miguel de las Victorias, Priego (España). En el destacado, el momento en que narra la gracia recibida. En la página anterior, la Hna. Clare en 2011



El decisivo paso hacia la vida religiosa le costó mucho a Clare: desapegarse de la familia y enfrentar la oposición de amigos y conocidos fueron algunos de los embates que tuvo que vencer

De izquierda a derecha: Clare el día de su Primera Comunión; en una fiesta, con 15 años, vestida con una camisa a cuadros; con una amiga durante la peregrinación a Florencia

Cierta vez, estando en una discoteca, sintió la mirada reprensora y afectuosa del Salvador diciéndole: «¿Por qué me sigues hiriendo?». Era el Buen Pastor en busca de la oveja descarriada, implorándole que se abandonara a sus divinos cuidados, los cuales la podían curar.

El demonio, sin embargo, jugaría su última gran baza en la dura conquista de ese corazón: haría que se abrieran ante éste las tan soñadas puertas de Hollywood. En febrero de 2001, Clare consiguió un papel en un documental realizado por la BBC. Aunque era una interpretación secundaria, podría ser el prometedor inicio de su carrera como actriz profesional. El rodaje de la película sería en Manchester y se hospedaría en un hotel de cinco estrellas, en compañía de varias celebridades.

Desde el punto de vista mundano, no podría anhelar más en aquel momento de su vida. Tocaba con las manos un futuro brillante... Pero se sentía infeliz y, finalmente, comprendió que su sitio estaba lejos de allí. Entonces resolvió marcharse.

El paso decisivo hacia la vida religiosa le costó mucho. Desprender-

se de su familia, enfrentar la oposición de amigos y conocidos y abandonar tantos vicios fueron algunos de los embates que, fortalecida por Dios, logró vencer. Y pronto discernió qué debería ser en la asociación: «Una santa sierva, que esté muy unida a Él, dispuesta a sufrir todo y a ir a cualquier sitio por amor a Él».⁴

Anhelando conquistar esa meta, empezó a rogar con insistencia el don de la fidelidad: «Ayúdame a odiar el pecado que tú odias, que me mancha y me aleja de ti. No quiero darte más espinas, no quiero que mi Dios lllore por mí».⁵

Escuela del amor

Gracias insignes y un profundo conocimiento de su nada y de su miseria personal llenaron los primeros meses de su vida como religiosa y fueron motivo de muchas explicaciones, que fue anotando en sus cuadernos con la sencillez propia a los amigos de Dios.

Cabe señalar que tenía una absoluta ignorancia en materia religiosa, pero lo que por la inteligencia aún no sabía, Dios se lo comunicaba misteriosamente en su alma: «Papá, aun-

que yo no lo merezco y soy una hija ingrata, tú me has hecho experimentar a veces el monte Tabor, la gloria de Cristo y de la Trinidad dentro de mí, en lo profundo de mi alma».⁶

No obstante, la santidad fue un duro combate para Clare. Se sentía débil, reincidía con frecuencia en las mismas miserias de antaño y se reconocía necesitada de una gran purificación, como se puede ver en las anotaciones de su itinerario espiritual: «A pesar de mis esfuerzos de unión con el Señor, a veces caí en el egoísmo»;⁷ «¿Quiero vencerme a mí misma? Sí. ¿Qué es lo que me hace sufrir? No ser reflejo de Él, no ser como Él. Mi mucha falta de caridad y humildad».⁸

La nota dominante de su vida de santificación siempre fue el amor, con el cual buscaba retribuir el amor infinito de Dios por ella. Y, consciente de que amar implica sufrir y negarse a sí mismo, enseñaba: «El amor es sacrificado; no superficial ni sentimental».⁹ Su devoción a la Santísima Virgen era también muy entrañada: «Sé que soy muy querida por su Corazón y algunas veces me ha dejado descansar allí».¹⁰



Fotos: Reproducción

Clare probó que la santidad es el único camino hacia el Cielo y que está al alcance de todos, por los méritos infinitos de la Pasión del Redentor

De izquierda a derecha: como postulante de las Siervas del Hogar de la Madre; en la profesión de los votos temporales, el 18 de febrero de 2006; con el hábito de trabajo en Priego (España), en 2009

En medio de las luchas y un decidido progreso espiritual, el 8 de septiembre de 2010, Clare hacía, finalmente, los votos perpetuos de pobreza, castidad y obediencia. Por su unión con Nuestra Señora y las tres Personas divinas, decidió tomar el nombre de Hna. Clare María de la Trinidad y del Corazón de María.

Fiel hasta el final

Sin perder nada de su alegría radiante, de su talento artístico y de su carisma personal, la Hna. Clare se transformó, poco a poco, en un auténtico ejemplo de generosidad para todos los que convivían con ella. A lo largo de sus quince años de vida religiosa, donde quiera que estuviera se destacaba por su obediencia, su donación de sí misma y su radicalidad de entrega y de observancia de la moral católica.

No temía en señalar el camino correcto a los que dirigía, ni de mostrar

con claridad las exigencias de la virtud, como fruto de sus insistentes peticiones al Señor: «Dame la gracia de nunca tener miedo de dar testimonio de ti, de jamás esconder el rosario cuando salgo. [...] Ayúdame a nunca huir del lobo».¹¹

Las pruebas con las que Dios quiso purificarla a menudo asombran por su dureza; sin embargo, su alma sensible y flaca se hizo fuerte dejándose crucificar con el Crucificado y, por eso, jamás manifestaba la desolación interior en que no raras veces se encontraba.

Habiendo avanzado de forma muy definida en la vía de la renuncia a sí misma, del amor a Dios y de la entrega sacrificada al prójimo, el 16 de abril de 2016 la Providencia vino a recoger su alma, cual fruto de agradable aspecto, madurado por los sufrimientos y endulzado por la caridad. Un terremoto en la ciudad de Playa Prieta (Ecuador), donde por enton-

ces residía, puso fin a su trayectoria terrenal. Fue la única religiosa fallecida en esa ocasión y, por bondad de la Virgen, estaba muy bien preparada para ello.

¡Entreguémonos a Dios por entero!

Clare fue para la humanidad de nuestro siglo un modelo de auténtica conversión. Probó, con su propia vida, que la santidad es el único camino hacia el Cielo y que está al alcance de todos, por los méritos infinitos de la Pasión del Redentor.

Hoy, cada uno de nosotros es llamado a seguir su ejemplo, entregando todo lo que somos y poseemos en las manos de Dios, sin reservar nada para nuestro egoísmo. Que ella interceda por nosotros y nos conceda comprender a fondo que al Cordeiro Divino no se le ofrece nada a medias; se trata de entregarle «o todo o nada». ✧

¹ Asociación pública de fieles fundada en España por el P. Rafael Alonso Reymundo.

² GARDNER, SHM, Kristen. *Hermana Clare Crockett*,

sierva del Hogar de la Madre. Sola con el Solo. Zurita: Fundación E.U.K. Mamie, 2020, p. 63.

³ Ídem, pp. 65-66.

⁴ Ídem, p. 143.

⁵ Ídem, p. 147.

⁶ Ídem, p. 165.

⁷ Ídem, p. 153.

⁸ Ídem, p. 145.

⁹ Ídem, p. 231.

¹⁰ Ídem, p. 167.

¹¹ Ídem, p. 158.

Persiguiendo a los perseguidores del Padre Pío

Quiso la Divina Providencia que, junto al franciscano estigmatizado y taumaturgo, hubiera un discípulo defensor de sus derechos, tantas veces vilipendiados por enemigos internos y externos de la Iglesia.

Lucas Rezende de Souza



Quizá en la Europa de 1919 no había un lugar que superara en paz y tranquilidad al Gargano, promontorio sobre el que se armonizan la rudeza y la inocencia de paisajes poco alterados por la mano del hombre.

En el peñasco, desde donde se puede ver el mar Adriático y sobre el que se yergue el pintoresco pueblo de San Giovanni Rotondo, se vivía en una calma inusual para quienes hoy día están acostumbrados al ruido continuo de las megalópolis modernas.

Sin embargo, a partir de mayo de ese año, visitantes de todo el mundo empezaron a perturbar ese plácido escenario. No iban a hacer turismo; querían, más bien, ver a un hombre de Dios —*il santo*, como se le llamaba— que, según decían, leía el interior de las almas, obraba milagros y poseía en su propio cuerpo los signos de la Pasión de Cristo. La fama de Francesco Forgione, un fraile capuchino más conocido como Padre Pío, se extendía cada vez más. En medio de tantos prodigios, digna de nota fue la conversión de un próspe-

ro hombre de negocios llamado Emanuele Brunatto.

Nacido en Turín, el 9 de septiembre de 1892, Brunatto había llevado una vida disoluta hasta que en 1919 supo, por un periódico de la época que cayó en sus manos, de la existencia de un fraile que había recibido los estigmas de la Pasión de Cristo. Más por curiosidad que por piedad, decidió ir a conocerlo; aunque tal anhelo sólo pudo llevar a cabo un año más tarde, tras haber atravesado una gran catástrofe económica en su vida.

En San Giovanni Rotondo se reunían visitantes de todas partes del mundo, no para hacer turismo, sino para ver a un hombre de Dios

Convento de San Giovanni Rotondo (Italia), en 1953



Fotos: Reproducción

Para asombro de muchos, a los 28 años Emmanuele Brunatto se convirtió de tal manera que, después de una radical confesión con el santo, le autorizaron a vivir en el convento de los Capuchinos, a fin de auxiliar a aquel que, a partir de entonces, consideraría su padre espiritual.

El Padre Pío perseguido

El convento de San Giovanni Rotondo formaba parte de la archidiócesis de Manfredonia, cuyo arzobispo era Mons. Pasquale Gagliardi. Mientras el entusiasmo por el Padre Pío crecía entre los fieles, este prelado y algunos canónigos del lugar, lamentablemente contrariados con la situación creada por la fama del monje estigmatizado, difundían pésimas calumnias contra él. Y lo peor aún estaba por llegar.

El P. Agustín Gemelli, sacerdote franciscano que había llevado una vida alejada de la religión desde los 25 años hasta que se convirtió, visitó al Padre Pío en 1920, con la finalidad de examinar sus estigmas. No obstante, las autoridades habían resuelto, el año anterior, que cualquier examen de las llagas del religioso sólo se haría con debida autorización y por escrito del Santo Oficio y del superior de los Capuchinos. Como el sacerdote carecía de dicha autorización, el santo no pudo enseñarle los signos de la Pasión. Disconforme, Gemelli empezó a afirmar por todas partes que las heridas eran autolesiones y que él mismo las había examinado.

Ahora bien, el 22 de enero de 1922, fallecía el Papa Benedicto XIV y subía al solio pontificio Pío XI, de cuya amistad gozaba el P. Gemelli...



El Padre Pío y Emmanuele Brunatto (a la derecha), en 1924

Molestos por el entusiasmo de los fieles por el Padre Pío, algunos eclesiásticos comenzaron a difundir calumnias contra él

Ni tres meses habían pasado desde su coronación cuando el Santo Oficio decidió poner al Padre Pío bajo observación.

En mayo del año siguiente, se publicó una severa condenación al Padre Pío, en la cual la congregación vaticana recordaba continuamente la necesidad de trasladarlo a otro convento. Pese a un error canónico del documento,¹ se intentó aplicar las decisiones, pero en vano: la presión de la población fue tal que se hizo imposible trasladar al santo italiano sin apelar a la fuerza.

Ante tamaña injusticia, su «primer hijo espiritual» no se quedó de brazos cruzados.

Ejemplo de resistencia a las persecuciones

Brunatto empezó a investigar la vida, nada ejemplar, de los perseguidores del Padre Pío. Logró reunir numerosas pruebas al respecto y marchó enseguida a Roma, a fin de informar a la Santa Sede. Los resultados de esa embestida fueron, no obstante, escasos. En efecto, allí sólo encontró el apoyo de San Luis Orione y de los cardenales Pietro Gasparri y Merry del Val.

Brunatto notó que la hostilidad al Padre Pío no provenía únicamente de un simple obispo de Manfredonia y de algunos canónigos.

Entonces decidió emplear medios más radicales. El 21 de abril de 1926, escribió el libro *Padre Pío de Pietrelcina* —condenado por el Vaticano después de su publicación—, en el cual mostraba la verdadera fisonomía moral de aquellos calumniadores.

A pesar de la mencionada condenación de la obra, se obtuvieron buenos resultados: el nombramiento de un visitador apostólico para corregir los desvíos morales apuntados y la designación del propio Brunatto como auxiliar. En cuanto a Mons. Gagliardi, algunos años después fue depuesto de su cargo, tras una investigación implorada por los sacerdotes de su diócesis, a causa de horrores que venían de lejos y que el pudor impide registrarlos aquí.

Un «libro-bomba»

Al cabo de cierto tiempo, el cardinal Merry del Val encargó a Brunatto que realizara unas averiguaciones sobre las costumbres licenciosas de determinadas personalidades de la más alta esfera religiosa, tarea de la cual sa-

lió exitosamente. Equipado con las informaciones obtenidas, decidió, como presión para librar al Padre Pío, hacer circular una *Carta a la Iglesia*, a través de la cual hacía pública la vida moral de los perseguidores de su padre espiritual, algunos de ellos revestidos de elevadas dignidades en el ámbito religioso.

En esta ocasión, sin embargo, el resultado no fue favorable: como respuesta, se publicó un decreto que obligaba al Padre Pío a celebrar sus Misas solamente dentro de los muros del convento y no en la iglesia pública, así como se le retiraba las demás facultades de su ministerio. Si Brunatto hubiera aliado su ímpetu a una sabia diplomacia, quizá el desenlace habría sido diferente...

También le faltó astucia a su amigo y asistente, el abogado Francesco Morcaldi, que se dejó convencer por determinadas autoridades al entregarles varios documentos que poseía, los cuales habían servido de base para la elaboración de la *Carta a la Iglesia*, a cambio de una supuesta «medida liberadora», que jamás llegó a tomarse, en relación con el Padre Pío.

Desilusionado, Brunatto decidió no ceder ni un milímetro más y publicó, en 1932, un «libro-bomba»: *Los anticristos en la Iglesia de Cristo*. En él denunciaba no sólo los enemigos declarados del fraile estigmatizado, sino también otras altas personalidades que envilecían con su comportamiento la dignidad de su cargo... El resultado fue inmediato: el 14 de julio de 1933, el Padre Pío se vio en libertad. El mismo Pío XI llegó a afirmar que «era la primera vez que el Santo Oficio retrocedía en sus decretos».²

Preludio de una nueva persecución

El santo franciscano pudo vivir en paz durante treinta años más. Los milagros y las curaciones no cesaban y los devotos se multiplicaban; aunque estaba lejos de verse libre de sus perseguidores...

La situación económica de los Capuchinos en Italia era crítica. Sobre todo, en Foggia, donde los religiosos habían depositado grandes sumas en manos de un banquero famoso, Giuffrè, el cual se declaró en quiebra. Todo lo que le habían entregado se redujo a la nada.

El Padre Pío nunca se había visto envuelto en un caso así y desaconsejaba a sus hermanos de hábito a hacerlo. Como buscaba el Reino de Dios y su justicia, confiaba que el resto le sería dado por añadidura (cf. Mt 6, 33). De hecho, las donaciones fluían en abundancia y con ellas el santo podía sustentar un hospital que había construido, la *Casa Sollievo della Sofferenza*, cuya propiedad le había sido donada por el propio Emmanuele Brunatto.

Sin embargo, algunos frai-

les empezaron a desviar las donaciones que iban destinadas al Padre Pío. La noticia llegó al Vaticano y Mons. Mario Crovini fue encargado de averiguar tal circuns-

tancia, que infelizmente era real. Así pues, los culpables recibieron algunas sanciones. Con todo, apenas había acabado dicha misión, el Papa Juan XXIII daba su consentimiento a una petición del ministro general de los Capuchinos: una visita apostólica que pusiera fin a la «incapacidad» del Padre Pío de dirigir el hospital.

Tan pronto como la decisión fue tomada, algunos de los cohermanos del Padre Pío empezaron a «investigarlo», poniendo grabadoras en diferentes sitios de su intimidad, como su celda e incluso su confesionario: ¡un auténtico sacrilegio! Pero ellos afirmaban que estaban obedeciendo órdenes venidas de muy alto.

Parcialidad e injusticia por parte de los visitantes

El visitador apostólico, Mons. Carlo Maccari, entró en acción el



Brunatto investigó y denunció a los detractores de su padre espiritual, haciendo pública la pésima vida moral que llevaban

Emmanuele Brunatto y el Padre Pío, en 1924, en el convento de Santa María delle Grazie, San Giovanni Rotondo (Italia). En el destacado, el libro «Los anticristos en la Iglesia de Cristo», publicado en 1932



Fotos: Reproducción

29 de julio de 1960. La primera persona a la que visitó fue Michele De Nit-tis, uno de los canónigos de San Giovanni Rotondo que había calumniado ferozmente al Padre Pío en los años 1920.

Mientras proseguía su trabajo, su asistente, el P. Giovanni Barberini —el mismo que luego afirmaría que una bendición del visitador apostólico valía más que mil absoluciones del Padre Pío—, tras haber revisado toda la correspondencia del capuchino y no haber encontrado nada que pudiera servir para condenarlo, se pasaba el tiempo en bares y restaurantes de la ciudad.

La investigación debería concluir el día 2 de octubre, pero ambos visitantes dejaron el convento el 17 de septiembre. A pesar de la carencia de reales motivos, se tomaron duras medidas restrictivas con relación al contacto del santo con los fieles.

El «Libro blanco»

El 3 de octubre, el Vaticano publicó las disposiciones de Mons. Mac-carri con respecto al Padre Pío, las cuales, según se alegaba, tenían como objetivo «proteger a la Iglesia de una especie de forma deletérea de fanatismo».³ Condenaciones se siguieron unas tras otras y todos —principalmente Brunatto— temían que el Padre Pío fuera depuesto de la dirección del hospital.

Arriesgándose para defender a su padre espiritual, Emmanuele Brunatto envió una calurosa carta al Santo Oficio, en la que afirmaba estar dispuesto a «hacer estallar esta cábala infernal, que dura un tercio de siglo, si se toca la libertad del Padre Pío o si se hace la más mínima modificación en las estructuras de su obra [el hospital] sin su consentimiento y el nuestro».⁴

Aun así, las condenaciones no cesaron. Sin otra alternativa, decidió hacer público el caso de las grabadoras colocadas en el confesionario del Padre Pío. No pasó mucho tiempo para que un cardenal del Santo Oficio fuera a vi-



Emmanuele Brunatto, al final de su vida

*El discípulo fiel no
cesaba de defender la
verdad y de perseguir
a los enemigos de
la Iglesia, por eso
era tan odiado
como su maestro*

sitarlo, a fin de restablecer la paz. Llegaron a un acuerdo: Brunatto dejaría las publicaciones y ellos mantendrían al Padre Pío en la dirección del hospital. No obstante, una vez más incumplieron su palabra: ese mismo mes, los superiores del Padre Pío lo obligaron a firmar un documento en el que se le privaba la posesión del inmueble.

Como último recurso, el defensor del Padre Pío reunió todos los documentos que había ido acumulando desde la década de 1920 hasta los años de 1960 e hizo una compilación llamada *Libro blanco*. No obstante, su publicación fue pospuesta debido a la muerte del Papa Juan XXIII. Brunatto solamente envió una copia del

documento al secretario general de la ONU, al presidente de la República italiana y al nuevo Papa, Pablo VI.

De hecho, el pontífice no tardó en tomar la iniciativa de liberar al santo capuchino, en 1964. A pesar de ello, como Brunatto no lo sabía, se vio en la obligación de publicar su polémica obra, que tuvo mucha repercusión, especialmente entre las autoridades eclesásticas reunidas para el Concilio Vaticano II.

Una muerte misteriosa

Un año después, en la noche del 9 al 10 de febrero de 1965, Emmanuele Brunatto fue encontrado muerto en su casa, víctima, según las autoridades, de un infarto. Aunque algunos de sus compañeros plantearon otras hipótesis, como la del envenenamiento por estricnina. Cabe señalar que solía comprar la cena diariamente en un restaurante cercano.

Ni que decir tiene que este hombre, defensor de la verdad y perseguidor de los enemigos de la Iglesia, era odiado tanto como el propio Padre Pío, pues, en realidad, el odiado era Dios en las personas de ellos.

Pero sabemos que mientras haya en la tierra hombres que sean representantes vivos de Dios y de la integridad, siempre serán objeto de la persecución y del odio por parte de los que traman la iniquidad. Y es precisamente por eso que el Señor nunca privará a su Iglesia de la presencia de «Emmanuel Brunattos», perseguidores del mal que saben desenmascarar, a su debido tiempo, a los enemigos de la verdad. ✧

¹ El decreto afirmaba que el convento de San Giovanni Rotondo pertenecía a la diócesis de Foggia, pero formaba parte de la archidiócesis de Manfredonia.

² CHIRON, Yves. *Padre Pio: Le stigmatisé*. Paris: Perrin, 1999, p. 202.

³ Ídem, p. 280.

⁴ Ídem, p. 290.

Preciosas enseñanzas de la Resurrección

De la gloriosa Resurrección de Cristo, refulgen consoladoras alegrías, así como también de ella se desprenden importantes lecciones para el hombre fiel, a la luz de las cuales debe orientar su trayectoria rumbo a la eterna bienaventuranza.

Plinio Corrêa de Oliveira



Durante los tres días en los que Nuestro Señor estuvo muerto, a los ojos de los que lo conocieron, con excepción de María Santísima, todo parecía irremediablemente perdido. «¡Murió!», pensaron. «Rodaron la piedra a la entrada del sepulcro y la oscuridad envolvió su cuerpo. Se acabó, ya no queda nada».

Ahora bien, quedaba todo. La historia de la salvación de los hombres no había hecho más que comenzar.

Indescriptible alegría de las almas de los justos

Tan pronto como el alma santísima de Nuestro Señor se separó de

su cuerpo sagrado, se les apareció a las almas de los justos que esperaban —algunas desde hacía milenios— la Redención y la apertura de las puertas del Cielo.

Imaginemos, si pudiéramos, la felicidad inefable del alma de Adán y la de Eva, constatando que, finalmente, el pecado por ellos cometido, el pecado que había provo-

cado la decadencia del género humano, estaba perdonado y su culpa redimida. Y de igual modo, el júbilo impar del alma de tantos otros justos, patriarcas y profetas del Antiguo Tes-

En el limbo, la alegría de los justos que esperaban la Redención fue indescriptible al recibir la visita de Nuestro Señor resucitado

«Cristo en el limbo», por Fra Angélico
Museo de San Marcos, Florencia (Italia)



Reproducción

tamento allí reunidos, que aclamaron la aparición de quien los liberaba de aquella larga espera.

Este encuentro fue, sin duda, un espectáculo extraordinario.

En el peor de los momentos, refugio junto a María Santísima

No obstante, para los Apóstoles y los discípulos que habían huido durante la Pasión, esa realidad espiritual y gloriosa les era completamente desconocida. Por el contrario, se encontraban abatidos, prostrados, horrorizados, sin vislumbrar salida alguna para la dramática situación en la que se hallaban. Cada cual se escondió como pudo, esperando que la efervescencia de los acontecimientos se extinguiera y la normalidad de la vida de todos los días hiciera que se olvidaran de ellos.

Otros eran, sin embargo, los designios de la Providencia. Se puede conjeturar que hubo un trabajo misterioso de la gracia en el sentido de sugerirle en el espíritu de cada uno de ellos el deseo de buscar a Nuestra Señora y de refugiarse bajo su manto materno. Junto a Ella —siempre nos es dado suponerlo— se encontraron, llorosos y contritos, aún inciertos en cuanto al futuro. Tan sólo la Madre de Dios confiaba y rezaba, segura del triunfo de su divino Hijo sobre la muerte.

De alguna manera, también propia a lo sobrenatural, la fidelidad de María Santísima empezó a contagiar la tibieza de los Apóstoles y a despertar en el alma de cada uno de ellos sensaciones, esperanzas, percepciones de la maravillosa gracia que les estaba reservada. En el interior de aquellos hombres, en medio de la tormenta de la prueba, se fueron cimentando una convicción nueva y un nuevo ánimo.

Es decir, en el peor de los momentos, porque se refugiaron a los pies de



Nuestro Señor resucitado - Iglesia de San Carlos de los Lombardos, Florencia (Italia)

Porque se refugiaron en Nuestra Señora en el momento de la prueba, los Apóstoles recibieron gracias especiales para creer en la Resurrección

Nuestra Señora, recibieron gracias inestimables que los prepararon para todo lo que luego les sucedería. Uni-

dos en torno a la Virgen fiel, estaban en condiciones de creer en la Resurrección y de predisponerse a la grandiosa misión para la cual habían sido llamados.

Se confirman las más audaces esperanzas

La mañana del tercer día, resurge glorioso el Redentor divino y —como sugiere la creencia de piadosos autores, aunque no lo narren los Evangelios— se le aparece en primer lugar a Nuestra Señora, inundándola de consolación y felicidad. ¡Todo Él era un esplendor único, esparciendo luminosidad celestial a su alrededor como el brillo de mil soles!

Luego se le aparece a María Magdalena y a los demás discípulos. La Resurrección era ya un hecho incontestable. Los Apóstoles creen y exultan. Todo lo que había sido un callejón sin salida se hacía viable y todas las esperanzas, las más audaces, se confirmaron en el triunfo de Cristo resurrecto. Victoria que representaba, al mismo tiempo, la afirmación de toda su vida y un inmenso perdón para sus discípulos.

A partir de entonces pasaron por una auténtica conversión. Transcurridos algunos días más, recibirían la infusión del Espíritu Santo, convirtiéndolos a cada cual en un pilar de amor y fidelidad sobre el cual se erguiría el edificio de la Santa Iglesia Católica Apostólica Romana.

El hombre fiel no se deja abatir por los reveses

De la Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo y de los aspectos a ella vinculados —sean los precedentes, sean los que le siguieron— se desprenden algunas enseñanzas.

El hombre modelado según el espíritu del divino Maestro, el hombre que corresponde a las gracias obteni-

La victoria de la Iglesia inmortal

La regularidad con que se suceden en el calendario de la Iglesia los varios ciclos del Año litúrgico, imperturbables en su sucesión, por mucho que los acontecimientos de la Historia humana varíen a su alrededor y los altibajos de la política y de las finanzas continúen su carrera desordenada, es una afirmación exacta de la celestial majestad de la Iglesia, que se presenta altanera en el vaivén caprichoso de las pasiones humanas.

Altanera, pero no indiferente. Cuando los días dolorosos de la Semana Santa transcurren en periodos históricos tranquilos y felices, la Iglesia, como madre solícita, se sirve de ellos para reavivar en sus hijos la abnegación, el sentido del sufrimiento heroico, el espíritu de renuncia a la triviali-

dad cotidiana y la completa entrega a ideales dignos de darle un sentido más elevado a la vida humana. «Un sentido más elevado» no estaría bien decirlo: es el único sentido que la vida tiene, el sentido cristiano.

Pero la Iglesia no es solamente madre cuando nos enseña la gran misión austera del sufrimiento. También lo es cuando, en el extremo del dolor y la aniquilación, hace que ante nuestros ojos brille la luz de la esperanza cristiana, abriéndonos horizontes serenos que la virtud de la confianza pone a los ojos de todos los verdaderos hijos de Dios.

Por lo tanto, la Santa Iglesia se sirve de las alegrías vibrantes y castísimas de la Pascua para que brillen ante nuestros ojos, incluso en las tristezas de la situación contemporánea, la certeza triunfal de que Dios es el supremo Señor de todas las cosas, de que su Cristo es el Rey de la gloria, que venció a la muerte y aplastó al demonio, de que su Iglesia es la reina de inmensa majestad, capaz de levantarse de entre los escombros, de disipar todas las tinieblas y de brillar con un triunfo más lúcido, en el momento preciso en que parecía que le esperaba la más terrible, la más irremediable de las derrotas.

La alegría y el dolor del alma resultan necesariamente del amor. El hombre se alegra cuando tiene lo que ama y se entristece cuando le falta lo que ama.

El hombre contemporáneo pone todo su amor en cosas superficiales y, por eso, sólo los acontecimientos superficiales —de lo superficial más cercano a su minúscula persona— lo emocionan. Así pues, sobre todo le impresionan sus desgracias personales y superficiales: su salud delica-

da, su vacilante situación económica, sus ingratas amistades, los ascensos tardíos, etc. Sin embargo, todo esto, para el verdadero católico que vela ante todo por la mayor gloria de Dios y, por consiguiente, de la salvación de su propia alma y de la exaltación de la Iglesia es, de hecho, secundario.

Por eso el sufrimiento más grande de un católico debe consistir en la condición presente de la Santa Iglesia.

Sin duda, esta situación presenta algo muy consolador. No obstante, sería un error negar que la apostasía general de las naciones continúa en un *crescendo* asustador; que la tendencia al paganismo se desarrolla vertiginosamente en las naciones heréticas o cismáticas que conservaban aún algunos resquicios de sustancia cristiana. En las propias filas católicas, a la par de un renacimiento prometedor, se puede observar la marcha progresiva del neopaganismo: se depravan las costumbres, se limitan las familias, pululan las sectas protestantes y espíritas.

A despecho de tantos motivos de tristezas, de motivos que presagian, quizá, para el mundo entero, una catástrofe no lejana, continúa la esperanza cristiana. Y la razón de ello nos la enseña la propia fiesta de la Pascua.

Cuando Nuestro Señor Jesucristo murió, los judíos sellaron su sepultura, la guarnecieron con soldados, juzgaron que todo había terminado.

En su impiedad, negaban que Nuestro Señor fuera Hijo de Dios, que fuera capaz de destruir la prisión sepulcral en que yacía, que, sobre todo, fuera capaz de pasar de la muerte a la vida. Ahora bien, todo eso ocurrió. Nuestro Señor resucitó sin ninguna clase de ayuda humana y bajo su imperio la pe-



Nuestra Señora de la Resurrección
Casa de Formación Thabor,
Caieiras (Brasil)



Cristo resucitado
Catedral de Santa María la Real,
Pamplona (España)

sada piedra de la sepultura rodó leve y rápidamente, como una nube. Y Él resurgió.

Del mismo modo, la Iglesia inmortal puede ser aparentemente abandonada, injuriada, perseguida. Puede yacer, derrotada en apariencia bajo el peso sepulcral de las más pesadas pruebas. Tiene en sí misma una fuerza interior y sobrenatural, que le viene de Dios, y que le asegura una victoria tanto más espléndida como inesperada y completa.

Esta es la gran lección del día de hoy, el gran consuelo para los hombres rectos que aman por encima de todo a la Iglesia de Dios:

Cristo murió y resucitó.

La Iglesia inmortal resurge de entre la prueba, gloriosa como Cristo, en la radiante aurora de su Resurrección. ✧

Extraído de: «Pascoa».
In: *Legionário*. São Paulo.
Año XVIII. N.º 660
(1 abr, 1945); p. 2.

das a ruegos de María, el hombre fiel que obedece enteramente a la voluntad de Dios y tiene su alma labrada por la doctrina de la Iglesia, ese hombre posee un temple tal que no hay desastre, ruina o tristeza, no hay persecución ni miseria que lo sacudan y lo desvíen de su trayectoria apostólica.

Al contrario, cuanto más grandes son los reveses, mayor es su coraje; cuanto más inesperadas y repentinas son las derrotas, mayor es su voluntad de reaccionar; cuanto más terribles son los golpes que recibe, mayor es su determinación de seguir luchando.

Y si sucediera que cae postrado durante la lid, Dios —que vela por él y por su descendencia espiritual— hará que, de sus ejemplos y de su lección, nazcan discípulos que continúen su obra. Y así, de gloria en gloria, de paso en paso, pero de dolor en dolor, de sufrimiento en sufrimiento, es posible levantar obras de una grandeza y de una belleza inimaginables.

Aunque esas obras nacidas del dolor, de la fidelidad, de la constancia y de la entrega completa de sí mismo para que Dios ejecute su voluntad sobre los hombres, nacen también de la devoción a Nuestra Señora y de la unión con Ella, que nos obtiene gracias indeciblemente fuertes, profundas y tonificantes.

Júbilo que nos prepara para las nuevas pruebas

Otra lección que nos es dada por el triunfo de Nuestro Señor sobre la muerte viene de las jubilosas celebraciones que nos lo recuerdan.

Las pompas de la espléndida y brillante liturgia de la Vigilia Pascual y del Domingo de Resurrección nos hablan de todas las alegrías legítimas e incluso gloriosas que el hombre fiel puede disfrutar en su vida.

*Cuanto más grandes
son los reveses, mayor
es el coraje del alma
fiel; cuanto más
terribles son los golpes
que recibe, mayor
es su determinación
de luchar*

Con todo, la misión y la tarea de los Apóstoles convertidos nos enseñan que no hay alegría que desvíe al hombre fiel del camino del dolor; no hay felicidad que lo ablande, que lo sustraiga de la austeridad con la que recorre el camino del Cielo. Por el contrario, como esa alegría es fruto del Espíritu Santo, el hombre sale de ese día de fiesta y de gloria más dispuesto a soportar todas las humillaciones, todos los dolores y todos los sacrificios necesarios para la gran batalla de la salvación que tendrá por delante.

Por eso, cuando celebremos la Pascua de la Resurrección, debemos pedirle a Jesús resucitado, por intercesión de Nuestra Señora, la fuerza de espíritu por la cual no exista ninguna prueba que nos lleve a la desesperación, ni gloria que nos lleve a la molición.

Así pues, a través de ese camino de sufrimientos sin desánimos y de triunfos sin relajamientos, al final llegaremos a la imperecedera gloria del Cielo, por la gracia de Nuestro Señor Jesucristo, nuestro Redentor, y por los ruegos de María Santísima, nuestra Madre, a cuyas oraciones tanto le debemos. ✧

Extraído, con pequeñas
adaptaciones, de: *Dr. Plinio*.
São Paulo. Año XI.
N.º 120 (mar, 2008); pp. 18-21.

El Jordán de la gracia

«Surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan...». Estas palabras, divinamente inspiradas, parecen renovarse en cada período histórico. Y así lo fue en la época que acogió al fundador de los lasalianos.

Fernando Joaquim Costa Mesquita



Gustavo Kralj



La vida del hombre se asemeja a la hierba del campo que por la mañana florece, pero que por la tarde se seca; su recuerdo pasa como un vestido que se muda (cf. Sal 89, 6; 101, 27). Sin embargo, hay excepciones, cuya huella permanece imborrable a lo largo de los siglos: los santos. Y en medio de esta luminosa pléyade destacan los fundadores, que perpetúan su memoria en los hijos espirituales que se mantienen fieles a su carisma originario.

San Juan Bautista de La Salle, fundador de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, refule en el firmamento de la Historia con esa corona. Su obra, dirigida a la educación de las clases sociales menos favorecidas, evoca constantemente el insigne grado de caridad y humildad que lo caracterizó. De hecho, por los frutos de un árbol podemos vislumbrar la calidad de la semilla de la cual brotó.

No obstante, las condiciones en las que germina están, en general, marcadas por incontables peripecias y grandes sufrimientos. Tomada en un sentido distinto al habitual, la parábola del

sembrador puede servir para ejemplificar ese aspecto de la vida de los fundadores: cada uno es la palabra de Dios para su época, lanzada a los hombres por el divino agricultor; pero su germinación requiere luchas, renuncias y sacrificios. A menudo la semilla no cae directamente en tierra buena, sino que pasa por todas las topografías descritas por el divino Maestro.

Así sucedió con San Juan Bautista de La Salle y la obra que fundó.

La pila bautismal de Francia, cuna de Juan Bautista

Entre las numerosas glorias de la ciudad francesa de Reims, se encuentra el hecho de haber asistido al nacimiento de un nuevo Juan Bautista, el 30 de abril de 1651.

Este lugar, que se había convertido en la pila bautismal de Francia cuando Clodoveo recibió allí el primero de los sacramentos, en torno al año 498, y en el sustento de la fe francesa cuando Santa Juana de Arco vio coronado a Carlos VII en 1429, también sirvió de cuna para el varón que bautizaría «en el Espíritu Santo» (Mc 1, 8) a

innumerables niños franceses en los turbulentos siglos que siguieron.

Juan Bautista, hijo primogénito de Luis de La Salle y Nicolasa Moët, tuvo una infancia marcada por la cálida vida de familia, por la piedad y por el estudio. Sus principales diversiones consistían en construir oratorios e imitar los ritos sagrados, en un ambiente doméstico caracterizado por la ternura de sus padres y la vivacidad de sus hermanos. Como alumno, se desenvolvió brillantemente.

Canónigo de Reims y estudiante de Teología

La prominencia del joven en el mundo académico le permitió convertirse, desde muy joven, en canónigo de Reims. El domingo de Pascua de 1666 se celebró en su colegio un concurso de literatura y entrega de premios, en el que actuó magistralmente. Su ingenio llamó la atención de Pedro Dozet, secretario y canónigo de Reims, ya anciano, lo que le llevó a cederle su canonjía cuando el santo tenía 15 años y acababa de recibir la tonsura.

Se trataba de un cargo prestigioso, aunque muy oneroso. Al pertenecer al cabildo, se veía obligado a participar en la oración coral: tres largos períodos de oración oficial en nombre de la Iglesia. Su condición de estudiante lo eximía de este deber la mayoría de los días, pero no de asistir a varias reuniones administrativas, estar presente en procesiones y desempeñar otras funciones.

En 1670, con tres años ya de canónjia, ingresó en el seminario parisino de San Sulpicio, empezando a estudiar en la Universidad de la Sorbona. Juan Bautista se dirigía por caminos llanos hacia el sacerdocio, que había anhelado desde su más tierna infancia, y hacia un futuro deslumbrante. Pese a ello, la Divina Providencia tenía otros designios con respecto a él.

Al año siguiente de mudarse a la capital francesa le llegan noticias desalentadoras: en julio de 1671 fallece su madre y nueve meses después su padre. Juan Bautista tuvo que dejar el seminario y trasladar de nuevo sus estudios a Reims, donde su primogenitura le obligaba a cuidar de sus hermanos huérfanos.

Allí, a pesar de la administración del patrimonio que le había sido encomendado, prosiguió sus estudios y recibió la ordenación sacerdotal en 1678, en su ciudad natal.

Un llamamiento visto con nitidez

En aquel período histórico, gran parte del clero se hallaba contaminado de cierta tibieza y relajamiento en el compromiso apostólico, buscando destacar junto a nobles y acaudalados, mientras dejaban de lado a las clases humildes. Como resultado, multitudes de niños carecían de cualquier formación religiosa.

Entre las glorias de la ciudad de Reims se halla el hecho de haber acompañado los primeros pasos de un nuevo San Juan Bautista

Como contrapartida, en algunas ciudades francesas se inició un movimiento para fundar escuelas de caridad dedicadas a esos pequeños, en particular pobres y huérfanos. El responsable de dicha iniciativa, Adrián Nyel, fue a Reims con el objetivo de organizar allí un establecimiento similar; y al oír los rumores acerca de las virtudes del joven canónigo decidió pedirle su ayuda.

El P. De La Salle, tras unirse a esta tarea, no tardó en darse cuenta del carácter superficial de su compañero, que lo llevaba a vagar por Francia en busca de nuevas fundaciones sin haber cimentado debidamente las ya iniciadas.

Aquella incipiente obra se asemejaba a una semilla que había caído a la vera del camino. Nyel era el pájaro que la cogió, la llevó hasta el terreno que Dios había determinado y siguió su caprichoso recorrido por el aire...

Mientras tanto, el espíritu profundo del santo constató la necesidad de proporcionarles una sólida formación religiosa a los maestros, antes de lanzarse a proyectos que no podrían sustentar. A partir de esa moción de la gracia y después de muchas oracio-

Catedral de Reims en 1722, por Pierre-Denis Martin - Museo Nacional del palacio de Versalles y Triánón (Francia). En la página anterior, San Juan Bautista de La Salle - Basílica de San Pedro, Vaticano





San Juan Bautista de La Salle reparte sus bienes entre los pobres, hace los votos con los primeros hermanos y recibe la visita del arzobispo de Ruan, por G. Gagliardi

Su misión era fundar una Orden destinada a la educación de las clases pobres; la semilla fue lanzada en tierra fértil y germinó gracias al celo del fundador

nes, el P. De La Salle comenzó a trazar los primeros esbozos de la osada empresa que percibió ser su vocación: fundar una Orden religiosa.

Aun así, la Providencia todavía no quería depositar el grano en tierra fértil. Antes tenía que desarrollarse en terreno pedregoso...

Constitución de la congregación religiosa

Tras un breve período de vida comunitaria con un incipiente grupo de discípulos, surgieron las primeras desavenencias y discordias. Le cupo al fundador pasar la criba en ese conjunto, pues notó que muchos de los que se habían adherido a su proyecto sólo pretendían pertenecer a un cuerpo docente y nunca se les había pasado por la cabeza abrazar una vocación religiosa.

Así y todo, incluso después de esa purificación, subsistía una reticencia de sus seguidores hacia su persona: los estaba invitando a vivir enteramente confiados en la Providencia, dependientes de limosnas o de los escasos ingresos de las escuelas, mientras que él mismo mantenía una posición social prestigiosa y recibía la renta de la canonjía.

Al pecatarse del asunto, el santo no lo dudó: decidió renunciar al cargo y al patrimonio que le correspondía, dándoselo todo a los pobres. Algunos se lo desaconsejaron, fundamentándose en el hecho de que esa renta era uno de los medios de subsistencia de la comunidad, pero la confianza del P. De La Salle en Dios era total.

La purificación interna y la renuncia del fundador marcan una nueva etapa para el establecimiento de una verdadera congregación religiosa. El terreno pedregoso se había vuelto fértil para que la semilla comenzara a germinar.

Expansión y persecuciones

Después de que se instituyera el hábito propio, se definiera el nombre de

Hermanos de las Escuelas Cristianas y se establecieran los primeros reglamentos, la obra empezaba claramente a expandirse, conquistada a costa de grandes sufrimientos. De hecho, al salir de la tierra, el retoño aún no vería la luz sino detrás de los espinos. Tendría que hacerles frente para que la savia adquiriera vigor y estabilidad.

Con la fama de las escuelas gratuitas, los maestros laicos se sintieron perjudicados, pues algunas familias que sólo podían permitirse con mucho esfuerzo mantener a sus hijos en establecimientos educativos convencionales preferían trasladarlos a instituciones caritativas, lo cual les hacía perder cada vez más alumnos. El problema llegó a generar varios pleitos contra los Hermanos de las Escuelas Cristianas, a los cuales tuvo que responder el fundador pacientemente.

Mientras tanto, la obra iba desarrollándose: en 1691 se organizaron dos grandes retiros; en 1692 se fundó el noviciado; en 1694 se emitieron los primeros votos perpetuos y se definió la Regla. La institución comenzaba a tener aire de una pujante congregación religiosa, pero esto no agradó a todos...

En 1702, algunos hermanos adoptaron imprudentemente actitudes demasiado severas al castigar a los novicios, gesto que llevó a ciertos clérigos, contrarios a San Juan Bautista de La Salle, a afirmar que los castigos habían sido infligidos por orientación del santo.

Movido por los detractores, el cardenal Louis Antoine de Noailles tomó la deliberación de apartarlo del cargo de superior y sustituirlo por un clérigo ajeno al carisma fundacional. El fundador fue informado de que estaba exiliado y se le ordenó que convocara a todos los hermanos de París a una asamblea, en la que serían puestos al corriente de las nuevas medidas.

El 3 de diciembre se reunieron los hijos espirituales de San Juan Bautista de La Salle, sin saber que esta-

ban allí para oír la terrible noticia de labios de un enviado del cardenal. Cuando escucharon aquella draconiana decisión, de inmediato lanzaron un grito unánime de indignación: «Tenemos ya superior elegido libremente por nosotros; no podemos aceptar otro [...]. Si quiere poner un superior, tráigase también a los inferiores; nosotros nos vamos».¹

La intransigencia de los hermanos consiguió la victoria. El nuevo superior acabó limitándose a una acción «externa», a la manera de un capellán, completamente imposibilitado de alterar el carisma. El fundador continuaba como superior efectivo.

Sin embargo, en 1709 se avecinaba otro sufrimiento. El crudo invierno convirtió a la clase más modesta de Francia en una turba de mendigos y los hermanos también se vieron afectados: el hambre llegó a casi todas las casas y varios enfermaron gravemente; el gran noviciado, fundado cuatro años antes en Saint-Yon, incapaz de mantener las condiciones mínimas de dignidad, se trasladó a París.

Últimas luchas

En 1717 se convocó el segundo Capítulo General, en el que, a petición del fundador, se nombró oficialmente al primer superior general —el Hno. Bartolomé— y se procedió a la revisión de la Regla inicial. En esa ocasión, la comunidad alcanzaba su madurez: «Tenía hábito singular; afirmaba su laicidad toral; profesaba tres votos perpetuos; disponía de Reglas adecuadas; declaraba su campo de apostolado eclesial la educación integral, mediante la escuela cristiana; consideraba indispensable la gratuidad total; tenía su jerarquía».²

A partir de entonces, el fundador permanecería recluido en Saint-Yon, actuando como confesor de la comunidad y totalmente obediente al superior constituido. A medida que su sa-



San Juan Bautista de La Salle, por Pierre Léger - Museo La Salle, Roma

*Bebería hasta el final
el amargo cáliz de las
persecuciones; regado
con la sangre del
fundador, el instituto
fructificaría más
del ciento por uno*

lud física se marchitaba día a día, su alma lo hacía cada vez más semejante a los ángeles.

La semilla ya se encontraba en tierra fértil, los peñascos habían sido rotos y los espinos, vencidos; no obstante, para que los frutos florecieran, el grano tenía que morir...

A fin de que llegara hasta la cima del calvario, el santo recibió, días antes de su muerte y cuando ya casi no tenía fuerzas, a un enviado del arzobispo del lugar, quien le informó de que estaba suspendido del uso de órdenes y, en consecuencia, prohibido

incluso de confesar a los hermanos. No parece descabellado pensar que la medida se debía a viejas o nuevas calumnias... Sin queja alguna, San Juan Bautista de La Salle tragó el cáliz amargo.

El 7 de abril de 1719, habiendo recibido los sacramentos, entregó su alma a Dios, faltándole unos pocos días para cumplir los 68 años. La semilla se había consumido por completo, para que de ella un árbol frondoso pudiera florecer en el huerto sagrado de la Iglesia.

Obra «post mortem»

Comenzaba entonces la glorificación del santo: en 1724 los Hermanos de las Escuelas Cristianas recibieron la sanción civil y al año siguiente la aprobación pontificia, tan deseada por el fundador en vida, de manos del Papa Benedicto XIII; en 1888 León XIII lo beatificó; en 1900 fue canonizado por el mismo pontífice; en 1950 Pío XII lo proclamó Patrón de los Educadores.

El instituto, fundado sobre roca sólida y regado con la sangre del fundador, dio mucho más que el ciento por uno. Después de atravesar las veredas más arduas —lo suprimieron durante la Revolución francesa; en 1904 fue prácticamente expulsado de suelo francés; la persecución religiosa en España se cobró la vida de 165 hermanos—, hoy día cuenta con miles de miembros, repartidos por los cinco continentes.

De hecho, las almas que han encontrado el camino del Cielo gracias a la obra de los lasalianos —verdadero Jordán de la gracia, en cuyas aguas un nuevo Juan Bautista glorificó a Cristo— son incontables. ✧

¹ GALLEGO, Saturnino. *Vida y pensamiento de San Juan Bautista de La Salle*. Madrid: BAC, 1986, v. I, p. 362.

² Ídem, p. 552.

¿Conformismo o intransigencia?

En el siglo VIII, el germen de la futura España católica periclitaba bajo el yugo de los infieles, pero un puñado de valientes se levantó contra la fatalidad y cambió el rumbo de la Historia.



Leticia Regina Ferratto Ojeda

Conformismo... Lamentable estado de espíritu que tantos desastres ha causado en la Historia. Convirtió a la mujer de Lot en una estatua de sal (cf. Gén 19, 26), llevó a Aarón a fabricar un becerro de oro en la falda del Horeb (cf. Éx 32, 1-6), atrajo sobre el sacerdote Elí la repulsa divina (cf. 1 Sam 2, 30-34), arrastró a Salomón a la idolatría (cf. 1 Re 11, 1-8). Tales errores, sin embargo, ponen de manifiesto una importante verdad: no puede haber unión entre la justicia y la iniquidad, ni comunión entre la luz y las tinieblas, ni concordia entre Cristo y Beliar (cf. 2 Cor 6, 14b-15).

En efecto, quien acepta ponerse de acuerdo con la impiedad enseguida se hunde en el lodo de sus mismos vicios. No obstante, los que ante el mal declarado elevan a los Cielos su acto de indignación y se disponen a luchar por el triunfo de la virtud, se convierten en auténticos héroes dispuestos a conquistar para Dios la victoria, el honor, la gloria y el poder que Él es digno de recibir (cf. Ap 5, 12-13).

Gracias a los méritos infinitos de la preciosísima sangre de Cristo, muchos gritos de inconformidad han resonado también a lo largo de los siglos, para regocijo y entusiasmo de los justos. Uno de ellos provino de lo que quedaba de la futura España en el siglo VIII:

la batalla de Covadonga, cuyo XIII centenario conmemoramos este año.

La península ibérica tomada por los moros

En el 711, la península ibérica atravesaba una difícil coyuntura. Las rivalidades y disputas existentes entre sus varios reinos llevaron a algunos gobernantes a recurrir a la ayuda de los musulmanes que, en el ímpetu de sus primeras expansiones, ya dominaban el norte de África. Así que fueron convocados, cruzaron el estrecho de Gibraltar sin grandes dificultades y pronto empezaron a apoderarse de las ciudades por donde pasaban.

La conquista fue rápida y fácil. Los nobles visigodos, ciegos y obstinados en sus contiendas, «pactaban con [los invasores], les abrían las puertas de las ciudades y ponían en sus manos amplios y ricos territorios. Ingenuamente, se imaginaban que la permanencia de Táriq [general musulmán] en España sería de corta duración y que, una vez saciadas sus ansias de botín, volverían a su tierra».¹ El resultado, empero, fue arrollador: con excepción de algunos núcleos cristianos en las montañas de Asturias y en las proximidades de los Pirineos, toda la península acabó siendo anexada al imperio islámico y subyugada a costa de saqueos, incendios y asesinatos.

Ahora bien, el motivo que llevó a los árabes a instalarse en aquellas tierras no fue únicamente político. Lo que realmente pretendían era imponer, al filo de la espada, su credo religioso y su forma de organización de la sociedad. Para ello, no tardaron en oprimir e incluso perseguir a los cristianos, que se vieron reducidos a una sofocante condición: aunque pudieran conservar su religión, les estaba prohibido construir nuevas iglesias, predicar la fe, celebrar el culto, llevar armas... sin contar con la obligación de pagar elevados impuestos.

Ante esta realidad, muchos renegaron de su fe y se pervirtieron al islam, movidos por la conveniencia. Otros se mantuvieron cristianos, pero no osaban presentar batalla a la impiedad instaurada. Muchas veces, los propios prelados promovían una especie de adaptación de los católicos a las nuevas circunstancias, arrastrando a sus ovejas a la capitulación.

En el norte español, sin embargo, un puñado de fieles, inflamados de santa inconformidad, se levantó para cambiar el rumbo de la Historia.

Primeras resistencias

En esa región se congregaron dos clanes dispuestos a enfrentar el dominio mahometano: los godos, que antes reinaban en aquel territorio y de-

seaban recuperar sus derechos violados, y la población montañesa local, que no quería aceptar la presencia de los infieles invasores y se negaba a pagarles el tributo exigido.

Estos pocos hombres eran, naturalmente, incapaces de enfrentarse a las tropas musulmanas, numerosas, disciplinadas y bien entrenadas para la guerra. No obstante, el arrojo y la osadía de un varón, llamado Pelayo, logró obtener lo que parecía imposible.

Sin escatimar esfuerzos, reunió a los jefes de la región y les mostró quiénes eran sus enemigos. Reprobó la ignominiosa sumisión manifestada hasta entonces y consiguió excitar el coraje de los astures, moviéndolos a la lucha. Por su celo, fue elegido comandante de la resistencia.

Tan pronto como se enteraron de esa elección, los moros enviaron contra Asturias un fuerte ejército, bajo el mando de Alkama. Por su parte, don Pelayo, reunió a los suyos y se refugió en Covadonga.

Confianza en el auxilio del Cielo

Situada en el interior del monte Auseva, Covadonga era una especie de gruta natural y espaciosa. Según tradiciones antiguas, el lugar estaba dedicado a la Virgen desde antes de la invasión de los árabes y es posible que su nombre sea una variante de la expresión latina *cova dominica*, que significa *cueva de la Señora*. «Allí se retiró Pelayo con cuantos soldados podían caber en aquel agreste recinto, colocando el resto de sus gentes en las alturas y bosques que cierran y estrechan el valle regado por el río Deva, y allí esperó con serenidad al enemigo».²

La elección de ese campo de batalla fue estratégica para los guerreros cristianos. En la gruta, estarían protegidos por las rocas y tendrían una amplia visión del movimiento de sus adversarios. Además, el terreno que tenían enfrente era fuertemente escarpado y casi intransitable, y encima bastante apretado para que en él cupieran la to-

talidad de las tropas enemigas. Se trataba de un lugar ideal para una emboscada, lo que Pelayo vio con claridad, pero Alkama y los suyos no.

A pesar de ello, los cristianos estaban lejos de depositar su confianza en esa circunstancia. Contaban, sobre todo, con el auxilio de la Virgen María, cuya protección sería determinante para la victoria.

Milagrosa victoria

Debido a las condiciones del terreno, Alkama sólo logró acercar a la cueva a un reducido número de soldados, proporcional al contingente de don Pelayo. El resto de la tropa quedó expuesto a los ataques de los cristianos escondidos en las colinas laterales...

Iniciada la batalla, enseguida se sintió la ayuda sobrenatural: ¡las flechas lanzadas contra la cueva rebotaban en la roca y se volvían de rechazo contra los propios arqueros! Al mismo tiempo, desde lo alto de las breñas los cristianos hacían rodar contra los infieles enormes peñascos y pesados troncos de árboles.

Los astures, a quienes les fortalecía la fe y les consolaba la idea de que Dios luchaba por ellos, se mantenían firmes en sus puestos, hasta que el desaliento tomó cuenta del ejército de Alkama. Éste huyó con sus soldados, muchos de los cuales cayeron bajo el ataque de los cristianos escondidos en los desfiladeros de aquel estrecho valle. Las propias crónicas musulmanas detallan la magnitud de la derrota sufrida por los suyos... Después de todo, ¡la victoria era de Dios y de Nuestra Señora!

¡Había empezado la Reconquista!

Aquel día los moros sufrían su primer revés. A partir de entonces, mu-

chos visigodos decidieron aliarse a don Pelayo y en ese rincón de Asturias se formó un valiente núcleo de resistencia al islam.

800 años después, toda la península era, finalmente, liberada del yugo del Creciente, gracias a ese primer impulso de intransigencia nacido de entre los astures. Sin duda, tan decisivo acto de fidelidad fue el que obtuvo para Dios y la cristiandad la reconquista de España

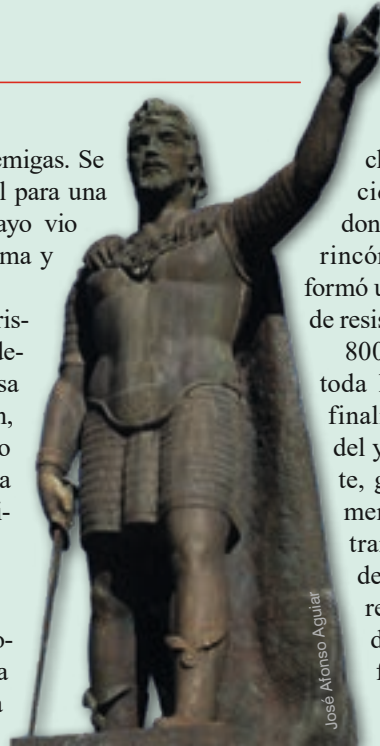
«¡Sálvame, Reina de misericordia!»

La sabiduría de la Iglesia, que al tenderle la mano al pecador desea sacarlo del lodo de sus miserias y llevarlo por el camino de la verdad, nos invita a cada paso a amar con caridad perfecta el bien y todas sus manifestaciones, y, en consecuencia, execrar el mal con entera radicalidad.

Pero, concebidos en el pecado original, es comprensible que a menudo sintamos los impulsos de la molicie, la indiferencia o la pereza arrastrándonos al conformismo... En esos momentos, recurramos al socorro materno de María: verdadera fuente de la gallardía de D. Pelayo, Ella no nos abandonará en nuestras pugnas espirituales. Al contrario, siempre estará a la distancia de un simple grito: «¡Sálvame, Reina de misericordia!».

¹ MARTÍN HERNÁNDEZ, Francisco; MARTÍN DE LA HOZ, José Carlos. *Historia de la Iglesia en España*. Madrid: Palabra, 2009, p. 44.

² GRACIA NORIEGA, José Ignacio. *Don Pelayo, el rey de las montañas*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2006, p. 155.



Un acto de fidelidad obtuvo de Dios la reconquista de España

Don Pelayo - Santuario de Covadonga (España). En la página anterior, Santa Cueva



Equilibrio de alma

Tanto en el recogimiento para celebrar la Pasión del Señor como en el júbilo con la Resurrección, Dña. Lucilia sabía colocar a sus más allegados en la clave católica del verdadero equilibrio.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP

La conformidad de Dña. Lucilia con el espíritu de la Iglesia la había convertido en una eximia cumplidora de las prácticas religiosas, en aquellos idos tiempos de la década de 1920, impregnados aún por el perfume de la benéfica presencia de San Pío X en el solio pontificio. Amaba el sagrado esplendor con el que la liturgia enriquece las solemnidades religiosas conmemorativas de los principales misterios de la fe. Y ella, al igual que los fieles que se asociaban a tales celebraciones, ya fuera por el ejercicio de las prácticas y devociones recomendadas por la Iglesia, ya por la asistencia a los oficios divinos, siempre que su frágil salud se lo permitiera, comparecía a éstos piadosamente.

Sin embargo, no se limitaba a eso. En casa, procuraba crear el ambiente propio a las diferentes fiestas del calendario litúrgico. Tal era el caso del Viernes Santo y de la Pascua.

«Ved como Él está llorando por vosotros»

Durante la Semana Santa, no sólo en las iglesias, sino también en los hogares —como era tradición en todas las familias católicas— se cubrían las imágenes y los crucifijos con tejidos

morados, se suspendían las diversiones de los niños, los mayores se abstendrían del juego, la mayoría de las personas vestía de luto y todos hablaban en voz baja en señal de duelo por la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

Doña Lucilia congregaba a los pequeños a su alrededor y les explicaba, con un tono de mucha gravedad, cada paso de la Pasión, haciéndoles ver las funestas consecuencias del pecado. A fin de mover a sus pequeños oyentes a la compasión para con Nuestro Señor, les enseñaba piadosos grabados y, con palabras accesibles a la comprensión infantil, les decía:

—Mirad cómo llora por vosotros. Está llorando también por los demás, porque sufrió por todos...

El Viernes Santo reunía a todos los parientes que vivían en su casa y a las tres de la tarde organizaba una vigilia de oraciones ante un crucifijo, heredado de su añorado padre.

Comenzaba el acto con la letanía del Sagrado Corazón de Jesús; le seguía la letanía de la Virgen; después pedía por el alma de éste, de aquel —no había persona fallecida, de la familia, por cuya alma se olvidase de orar. Intercalaba las oraciones vocales con intervalos en los que se reza-

ba en silencio y todos permanecían en actitud de recogimiento. Nadie se atrevía a salir.

Una vez que todo había terminado, Dña. Lucilia dejaba una vela encendida delante del crucifijo expuesto, hasta casi extinguirse. Al día siguiente, después de rezar una breve oración, cogía aquella santa imagen de nuestro Redentor, la envolvía en un papel de seda y la guardaba en un cajón hasta el próximo año.

Tras las graves tristezas de la Semana Santa llegaban, a partir del mediodía del Sábado de Aleluya, las triunfales alegrías de la Resurrección, que ella se encargaba también de transmitir a los niños. En varias esquinas de la ciudad se veía la tradicional fiesta del Manteo o Quema del Judas, en la cual los pequeños vengaban la traición mil veces infame cometida contra Nuestro Señor Jesucristo.

El mismo sábado, Dña. Lucilia ya organizaba el paseo del día siguiente, donde no faltaban manjares y golosinas, tan del agrado de los muchachos, y cuya preparación siempre dirigía.

Domingo de Pascua en el parque Antártica

Desde la salida del sol, el día se anunciaba como un inocente y feliz

Domingo de Resurrección de los lejanos años de 1915 o 1916. La víspera, como era habitual todos los años, Dña. Lucilia llenaba una cesta de mimbre con huevos de Pascua, bebidas y bocadillos, ya que era una costumbre en la familia llevar a los niños de pícnic.

En determinado momento, se abría la puerta del palacete Ribeiro dos Santos y, bajo la vigilancia de las institutrices, salía un tropel de chiquillos que, apiñados en taxis, iban en alegre algarabía por las entonces tranquilas calles de los Campos Elíseos. Junto a ellos, amparándolos con su diligente y sosegada presencia, iba Dña. Lucilia. Por lo general escogía el parque Anártica para la fiesta al aire libre.

Al llegar, les daba libertad a los niños para que fuesen a jugar por las diferentes alamedas ajardinadas, cubiertas por la sombra de imponentes árboles. Mientras los pequeños se dispersaban, las institutrices, bajo la orientación de Dña. Lucilia, escondían entre la vegetación apetitosos bocadillos de sardinas portuguesas, lomo de cerdo, jamón y queso, con rodajas de huevos duros, además de huevos de Pascua de chocolate o de azúcar candi, envueltos en papeles plateados. Estos últimos ofrecían la agradable sorpresa de contener bombones. Cuando todo estaba listo, los niños acudían alegres a la voz de Dña. Lucilia, que los llamaba para que fueran a descubrir aquellas delicias.

Llegaban veloces. Plinio, que no era nada entusiasta de las carreras, se quedaba atrás, pensando consigo mismo: «Mamá ya lo solucionará». Mientras los otros, con avidez, iban en busca de los tesoros culinarios escondidos, y las manifestaciones de alegría delataban que habían sido encontrados los primeros manjares, él se acercaba a Dña. Lucilia, que complacida observaba toda aquella vivacidad infantil, y le preguntaba:

—Bueno, ¿dónde están las cosas?

Cariñosamente ella le respondía:

—Hijo mío, ¡tienes que buscarlas!

Poco después insistía:

—Pero no sé dónde pueden estar...

Entonces, mirando en la dirección en donde había algo escondido, sonreía diciendo:

—Hijo, a ver si encuentras algo por allí.

Confíando en que el consejo materno siempre indicaba el camino correcto, siguió el rumbo trazado por la mirada de Dña. Lucilia, que permanecía sentada observándolo. Si tardaba en encontrar las deseadas iguarias, se levantaba e iba hacia él que,



Crucifijo ante el cual Dña. Lucilia reunía a sus familiares el Viernes Santo

Doña Lucilia explicaba a los pequeños, en tono de gravedad, todos los pasos de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo

siempre muy enfático, nuevamente le decía:

—Mamá ¡que no estoy encontrando esos huevos! Dime, por favor, dónde están, que no los encuentro...

Ella, a su vez, lo animaba:

—¡Busca, busca! Mira un poco por ahí.

Finalmente, Plinio descubría algunas golosinas, que, por cierto, eran sus manjares predilectos, escondidos especialmente para él... Luego abrazaba y besaba a Dña. Lucilia como expresión de filial agradecimiento. A continuación, ella le ordenaba con afecto:

—Vete a jugar, hijo mío.

Aureola de sublimidad, que atraía

Por su placidez y serenidad, en medio de aquella inocente alegría, Dña. Lucilia les enseñaba a los niños a buscar la verdadera felicidad sólo en las formas de placer que conservan y desarrollan un bienestar sólido, tranquilo, ameno y sonriente. No valía la pena sacrificarla por nada que conllevara turbación, aun cuando esto pudiese producirles una seudo alegría.

Ella era incompatible con modos de ser febriles y agitados. A ello contribuía el equilibrio de su temperamento, siempre recto en la fruición y verdadero símbolo del orden.

En consecuencia, su alma era ávida de todo cuanto es bello y maravilloso, creando a su alrededor una aureola de sublimidad.

Testigos de entonces no dudan en afirmar que, en más de una ocasión, observaron que cuando Dña. Lucilia estaba en una sala el ambiente era uno y cuando salía, cambiaba completamente. Por eso los niños de la familia buscaban tanto su compañía. ✧

Extraído, con adaptaciones, de:

Doña Lucilia.

Città del Vaticano-Lima: LEV;

Heraldos del Evangelio,

2013, pp. 193-197.



Ubatuba



Ubatuba

Fotos: Leandro Sousa



Río de Janeiro



Belo Horizonte

Fernando Bueno

Mariana Quimas

Brasil – Las solemnes consagraciones a la Santísima Virgen, según el método de San Luis María Grignion de Montfort, se multiplican por todo el país, como fruto del curso ofrecido por el P. Ricardo Basso, EP, en la «Plataforma de formación católica “Reconquista”», de los Heraldos del Evangelio. Arriba, ceremonias realizadas en la casa Lumen Maris, situada en Ubatuba (estado de São Paulo), en la iglesia de Nuestra Señora del Carmen, antigua seo de Río de Janeiro, y en la casa de los Heraldos de Belo Horizonte.



Fotos: Juan Carlos Villagómez / Ronny Fischer

México – Más de quinientas personas se consagraron a la Santísima Virgen en la parroquia de San Judas Tadeo, Ciudad de México, el 19 de febrero. La preparación se hizo siguiendo el curso por internet impartido por el P. Manuel Rodríguez Sancho, EP, para los fieles de lengua española.



Fotos: Jesse Arce / José Sánchez

Colombia – Numerosas consagraciones a María Santísima fueron llevadas a cabo los días 19 y 20 de febrero en la iglesia de Nuestra Señora del Rosario de Fátima, de Tocancipá (izquierda). Ese mismo fin de semana, también hubo una concurrida ceremonia de consagración en la capilla de los Heraldos de Medellín (derecha).



Madrid



Sevilla



Valencia



Oviedo



Cartagena

Fotos: Eric Salas / Sara Mayo / Ignacio Dorfa

España – Las principales ciudades de esta nación continúan acogiendo ceremonias de consagración a la Madre de Dios. Reúnen a fieles de todos los rincones del país que siguieron el curso por internet. En las fotos, aspectos de las ceremonias realizadas en la basílica de Nuestra Señora de la Concepción, Madrid; en la parroquia de Nuestra Señora de la O, Sevilla; en la Real Parroquia de San Miguel y San Sebastián, Valencia; en la capilla de Nuestra Señora del Rey Casto, de la catedral de Oviedo; y en la Casa de Formación y Espiritualidad San José, de Cartagena.

Fotos: Leandro Sousa



Brasil – El 28 de enero, Mons. Benedito Beni dos Santos presidió la Santa Misa de apertura del año escolar del seminario mayor de los Heraldos del Evangelio, celebrada en la basílica de Nuestra Señora del Rosario, de Caieiras. Más de un centenar de estudiantes participaron en el acto litúrgico.

Marcelo Paulino da Silva / Maria Clara Goulart



Brasil – A petición del obispo diocesano de Nova Frigurgo, Mons. Luiz Antonio Lopes Ricci, los Heraldos participaron en la conmemoración de la Jornada Mundial de los Religiosos, realizada en la catedral (izquierda). Días después, el P. João Carlos Fidelis de Moura, EP, administró la Confirmación a veinte fieles en el oratorio Nuestra Señora de Fátima (centro y derecha).

Fotos: Eduardo Injque



Brasil – A instancias del alcalde de Franco da Rocha, Nivaldo Santos, el P. Aumir Scomparin, EP, y miembros de los Heraldos del Evangelio repartieron cestas de alimentos entre las familias afectadas por el temporal que, a mediados de febrero, destruyó numerosas viviendas.



Guatemala – Visitas con la imagen del Niño Jesús al Hogar Margarita Cruz Ruiz durante la novena de Navidad (foto 1), actividades apostólicas con los niños del Residencial La Montaña (fotos 2 y 3), actuación musical en la parroquia Villa de Guadalupe (foto 4) y la visita con la imagen peregrina del Inmaculado Corazón de María al Centro de recepción de retornados de la Fuerza Aérea Guatemalteca (foto 5) son algunas de las actividades más recientes realizadas por la rama femenina de los Heraldos en el país.



Ecuador – Con entusiasmo, emoción y muchas añoranzas, dos hermanas de la rama femenina de los Heraldos fueron recibidas en Sucumbios. Durante dos semanas estuvieron visitando los hogares de este vicariato apostólico llevando una imagen del Niño Jesús y un oratorio de Nuestra Señora de Fátima.



SUCEDIÓ EN LA IGLESIA Y EN EL MUNDO

Consagración de Ucrania al Inmaculado Corazón de María

En un comunicado emitido el 24 de febrero, la Conferencia de los Obispos Católicos Romanos de Ucrania le aconsejaba al clero, dada la situación que vive el país, que rezaran el Acto de Consagración de Ucrania al Inmaculado Corazón de María después de cada Misa.

En el documento, los obispos ucranianos subrayan que este tiempo de prueba debe ser una oportunidad para la reconciliación con Dios y animaban a los fieles a buscar con más asiduidad el sacramento de la Penitencia y la Eucaristía, así como a rezar juntos el Rosario, suplicando la protección divina.



Imagen de la Virgen resiste a derrumbamientos

Innumerables noticias de catástrofes —bien naturales o provocadas por el hombre—, como inundaciones, erupciones volcánicas, terremotos, incendios, enfermedades, atentados y guerras, vienen alarmando al mundo en los últimos tiempos. En esta terrible situación ha llamado la

atención una discreta y protectora presencia, registrada en un creciente número de casos: la Virgen María, bajo varias de sus advocaciones, cuyas imágenes permanecen intactas en escenarios de destrucción, como un rayo de esperanza.

Uno de estos hechos ocurrió en febrero tras las fuertes lluvias que azotaron la ciudad de Petrópolis (Brasil), provocando inundaciones y corrimientos de tierras que dejaron más de doscientos muertos. En medio de la tragedia, la población halló consuelo espiritual al encontrarse con un pequeño oratorio de Nuestra Señora de las Gracias que permaneció intacto en uno de los barrios más afectados por el temporal. La imagen está allí desde 1973 y los vecinos creen que si no hubiera estado allí el desastre habría sido mucho peor.

Frankfurt celebra la fiesta de Carlomagno

El 29 de enero se celebró en la Catedral de San Bartolomé, Frankfurt, otrora iglesia de la coronación de los emperadores alemanes, el tradicional *Karlsamt*, oficio pontifical en honor de Carlomagno. La ceremonia se lleva a cabo todos los años el último sábado de enero, en conmemoración del aniversario de la muerte del monarca.

El oficio consta de la *Sequentia Sancti Karoli*, himno latino dedicado al emperador, y del canto de *Laudes regiae*, composición del siglo IX con súplicas a Nuestro Señor Jesucristo por la Iglesia, el Papa, el obispo, el pueblo alemán y sus gobernantes, seguido de una Misa solemne. Se suele invitar a un obispo o cardenal extranjero para que presida la celebración, y este año el elegido fue Mons. Zbigniew Stankevičs, arzobispo de Riga (Letonia).

Desde 1176, Carlomagno es venerado como Beato en algunas ciudades de Alemania, como Aquisgrán y

Osnabrück, con licencia de la Santa Sede.

La Iglesia gana otro doctor: San Ireneo de Lyon

El apóstol de los celtas y de los germanos e ilustre defensor de la doctrina católica, San Ireneo de Lyon, recibió el título de doctor de la Iglesia, mediante el decreto firmado el 21 de enero, que le confiere la designación de *Doctor Unitatis*.

Doctor de la Iglesia es un título otorgado oficialmente por la Iglesia Católica a algunos santos, reconociéndolos como eminentes maestros de la fe para los fieles de todos los tiempos.

Oriundo de Asia Menor y discípulo de San Policarpo de Esmirna, San Ireneo fue obispo de Lyon (Francia). En sus escritos expuso con claridad la verdadera doctrina y la defendió contra los ataques heréticos, especialmente la gnosis, que amenazaba a la Iglesia en el siglo II. Murió mártir el 28 de junio del 202, durante la persecución del emperador Severo.



Carmelitas Descalzas deciden quedarse en Ucrania

En medio de la situación de guerra en territorio ucraniano, resulta admirable la decisión tomada por las Carmelitas Descalzas de las ciudades de Kiev y Járkov. A través de las redes sociales, la Curia General de la Orden anunció que las hermanas permanecerán en sus monasterios y pidió a todos que recen por ellas y por el pueblo ucraniano.

Isabel la Católica, camino de la beatificación

La causa de beatificación de Isabel la Católica, reina de Castilla y gran impulsora de la evangelización de las Américas, suma ya varias décadas, habiéndose iniciado en 1958 en la diócesis de Valladolid (España), donde la monarca falleció. Desde entonces se han acumulado más de veinte volúmenes con la documentación histórica y relatos de favores obtenidos por su intercesión. En reciente declaración, sin embargo, el responsable del proceso, el P. José Luis Rubio Willen, afirmó que el momento de verla elevada a la honra de los altares estaba cerca.

El anuncio del P. Rubio se debe al reconocimiento por parte de la Santa Sede del primer milagro atribuido a la

reina. Se trata de la curación de un sacerdote que se encontraba hospitalizado y en coma, debido a un cáncer de páncreas en estado avanzado. Su familia visitó la tumba de los Reyes Católicos, en Granada, pidiéndole a Dios su curación por intercesión de Isabel, y el sacerdote se recuperó de manera inmediata.

La Comisión Isabel la Católica, que promueve la causa de beatificación, sigue recogiendo testimonios de las gracias alcanzadas, como este que procede de Roma: a un joven que sería operado en razón de un tumor en el pulmón le cancelaron la intervención quirúrgica al encontrarse curado, gracias a la intervención de la reina.



Reproducción

Isabel la Católica, por Luis de Madrazo y Kuntz - Museo del Prado, Madrid

Las religiosas se instalaron en ese país en la década de 1990, a fin de auxiliar, con sus oraciones y su presencia, a la reconstrucción de la sociedad ucraniana tras la caída de la Unión Soviética.

Aparecida acoge la Romería del Rosario de los Hombres

Cerca de 25 000 peregrinos participaron en la XIV Romería Nacional del Rosario de los Hombres en el Santuario de Aparecida, realizada del 18 y al 20 de febrero. La Misa de apertura fue presidida por Mons. Gil Antonio Moreira, arzobispo de Juiz de Fora y referente de la Conferencia Nacional de los Obispos Brasileños para dicho movimiento.

El tema central del encuentro fue *Caminar con María, para vivir y crecer en comunidad*, y su lema este año: *En la Casa de la Madre, renovamos el compromiso misionero*. Para Glay-

son Lozer, uno de los organizadores del evento, rezar bajo el manto de Nuestra Señora Aparecida, lugar símbolo de nuestra fe, lleva a los hombres a ser mejores en la familia y en la sociedad.



Veintitrés sacerdotes ordenados en Seúl

El 28 de enero, la archidiócesis de Seúl ordenó a veintitrés nuevos sacerdotes, tres de los cuales pertenecen a la Sociedad Misionera Católica Internacional de Seúl, entidad comprometida con el envío de misioneros a América Latina. El arzobispo

metropolitano, Mons. Peter Chung Soon-Taick, OCD, que presidió la celebración, destacó en la ocasión que esto se trata de una señal concreta de que la Iglesia en Corea se ha convertido en una «Iglesia que da», dispuesta a asumir una misión más allá de sus fronteras. El país se transforma, por tanto, de evangelizado en evangelizador.

Corea del Sur es una de las naciones asiáticas donde más ha crecido la Iglesia Católica en nuestro siglo, con un incremento del número de católicos de casi un 50% en los últimos veinte años, debido principalmente a la conversión de adultos. Hoy el país cuenta con 5,6 millones de católicos, lo que representa el 11% de la población, cifra que, en 1950, era tan sólo el 1%. Esta realidad se refleja en el pujante clero local, compuesto en su mayoría por jóvenes, en contraste con la crisis vocacional de Occidente.

El burrito más feliz de la Historia

El corazón de aquel borriquito latía cada vez más fuerte... Uno de los que formaban parte del séquito empezó a tirar de él con mucha suavidad, siguiendo las orientaciones del Maestro. ¡Se sentía más noble que un brioso corcel!



Hna. Leticia Gonçalves de Sousa, EP

Había pasado ya de la hora nona y el sol aún calentaba con fuerza la aldea de Betfagé, situada en las proximidades de Betania. En aquellos días, toda la región experimentaba la sequía y el hambre...

Los hijos de Bartolomé, honesto labrador, molían el trigo, que con tanto esfuerzo habían producido ese año, y ordenaban el heno en el granero de la casa.

Marcos, el más joven de la familia, se encargaba de llevarles la harina a los compradores. Solía canturrear los salmos mientras cargaba los lomos de su burrito con pesados sacos de harina.

Ese animal era joven y gozaba de buena salud. Nadie lo había montado nunca; solamente lo usaban para carga. Obedecía prontamente y se entregaba tanto como podía en las tareas de transporte.

Aquella tarde, el pobre asno estaba bastante cansado... Después de una merecida ración de comida y una considerable dosis de agua, pudo retirarse a fin de recuperar las fuerzas para la próxima jornada.

—Vaya, ¡qué pesado ha sido tu trabajo hoy! ¡Eh, burrito! ¡Qué vida

tan dura llevas! —le decía una atrevida gallina.

—Pues sí, estoy exhausto...

En ese mismo instante en que conversaban, empezó a temblar el suelo. Una enorme polvareda se levantó y la gallina, desesperada, comenzó a gritar:

—¡Ha llegado el fin del mundo! ¡Me voy corriendo a recoger a mis polluelos bajo mis alas! ¡Adiós!

Y se marchó... El borriquito se empacó, contuvo la respiración, cerró los ojos y se encogió de miedo. Entonces oyó una voz atronadora:

—¡¡Alto!!!

La tropa, que se trasladaba a pasos sincronizados, se detuvo disciplinadamente frente a la casa de Bartolomé. Poco a poco, la nube de polvo fue desapareciendo y el burrito tuvo el valor de abrir uno de sus ojos para comprobar si el mundo se había acabado realmente... Sorprendido, percibió que se trataba de una legión romana que se dirigía a Jerusalén. Y en medio de la multitud de soldados vislumbró algunas cuadrillas tiradas por fuertes y hermosos caballos.

El joven asno, amarrado en un poste, pensaba consigo mismo:

«¡Qué pesado ha sido tu trabajo hoy, burrito!», le dijo una gallina

—¡Ay! ¡Qué honroso sería llevar uno de esos carros utilizado únicamente por oficiales de guerra! Ese capitán, tiene tanta categoría... ¡Qué hombre importante! Todos los judíos se apartan para dejarle pasar. ¡Oh, qué magnífico!

Pero después de un largo suspiro:

—¡Ah, si yo fuera un caballo...! Sin embargo, nací jumento... ¡Así lo ha querido Dios!

Esa noche, el pobre animal estuvo soñando con la gloria de ser un corcel.

Al rayar la aurora, Marcos reanudó el trabajo con los sacos de harina. Durante los desplazamientos, el burrito oyó el sonido de flautas y tambores. Poco después, vislumbró una caravana de mercaderes orientales. Decenas de camellos, ataviados con ricos jaeces y cargados de valiosos objetos pasaron delante del humilde borriquito que, lleno de admiración, exclamó:

—¡Mira todos esos camellos! ¡Qué lujosos arreos! Riendas de oro y plata... ¡Qué maravilla! Hasta se parecen a aquellos que mi abuela me contaba que había conocido hace unos treinta años, que acompañaba a tres reyes de Oriente. ¡Ah, si yo pudiera llevar, como ellos, a ricos mercaderes orientales, revestido de ropas y turbantes coloridos, cargados de piedras preciosas y finos tejidos! No obstante, aquí estoy, atado a una estaca...

Recogido en sus meditaciones, el jumento seguía pensando:

—¡Oh Dios, Creador mío, cómo desearía hacer algo grandioso en mi vida! Pero he nacido asno, cría de jumenta... ¡Que se haga tu voluntad!

Y prosiguió con su faena diaria.

Más tarde, casi al final de la jornada, nuevamente se encontraba atado a una cuerda, prendido al poste junto a la puerta. De repente, vio a dos hombres que se acercaban y, sin dar explicaciones, empezaron a deshacer los nudos que lo retenían.

—Eh, ¿qué me va a pasar ahora? Creo que esta gente tiene tanta hambre que ha decidido comer carne de burro.

¡Quien tiene hambre hasta de esto se alimenta! ¡Qué le voy a hacer!...

Suspirando continuó:

—¡Que se haga la voluntad de Dios!

Al darse cuenta, a distancia, de que querían llevarse su animal de carga, Marcos se dirigió a los dos desconocidos y les preguntó por qué lo desataban. La respuesta fue misteriosa:

—El Señor lo necesita, pero enseñada te lo devolverá.

Sin oponer resistencia, Marcos les permitió que se llevaran al borriquito, el cual se dejó guiar tranquilo y resignado.

Después de un tiempo de caminata, he aquí que se encuentra ante un hombre imponente y de trato bondadoso. Abrió sus ojos como platos para verlo mejor y levantó sus grandes orejas.

—Este hombre es muchísimo superior a aquellos oficiales romanos y ni de lejos se parece a los orientales que venían en camellos. ¡Ah, no hay comparación! Es diferente.

Para mayor asombro suyo, varias personas cubrieron con mantos su dorso y a continuación aquel varón se montó en él. No tardó mucho en comprender que se trataba de Jesús de Nazaret, el Mesías esperado desde hacía siglos.

Su corazón latía cada vez más fuerte... Uno de los que formaban par-

te del séquito empezó a tirar de él con mucha suavidad siguiendo las orientaciones del Maestro. ¡El burrito se sentía más noble que un brioso corcel!

Cuando llegaron a las puertas de Jerusalén, una aglomeración de personas de todas las edades y condición los esperaba ansiosamente. Extendían ramas de palmeras en el suelo o las balanceaban en señal de aclamación. También se desprendían de sus propios mantos y los depositaban para que el humilde borriquito del Salvador pasara por encima de ellos.

—¡Hosanna! ¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor!

Mientras las capas u otros valiosos tejidos iban recubriendo el camino a su paso, el burrito tuvo un estrechamiento interior. Sin embargo, reconoció que aquella gloria no era suya, sino del Redentor que en él iba montado.

Cuando terminó la procesión, el Señor se bajó y entró en el Templo. Al final del día, llevaron al borrico de vuelta con su dueño, que lo ató nuevamente al poste. El resto de su vida quedó señalado por aquel día de gloria. Era el animal más feliz del mundo, porque había recibido la gracia de cargar al Rey del universo. ✧



Aquel día de gloria marcó la vida del borrico para siempre

LOS SANTOS DE CADA DÍA

1. Beato Hugo de Bonnevaux, abad (†1194). Monje cisterciense, sobrino de San Hugo de Grenoble. Fue el intermediario del tratado de Venecia, que estableció la paz entre el Papa Alejandro III y el emperador Federico I.

2. San Francisco de Paula, eremita (†1507 Plessis-les-Tours - Francia).

Beata María de San José, virgen (†1967). Fundó en Maracay, Venezuela, la Congregación de las Hermanas Agustinas Recoletas del Sagrado Corazón de Jesús.

3. V Domingo de Cuaresma.

San Sixto I, Papa (†128). Romano de nacimiento, fue el sexto sucesor de San Pedro. Rigió la Iglesia en tiempo del emperador Adriano.

4. San Cayetano Catano, presbítero (†1963). Párroco de la antigua archidiócesis de Reggio Calabria, fundador de la Congregación de las Hermanas Verónicas de la Santa Faz.

5. San Vicente Ferrer, presbítero (†1419 Vannes - Francia).

Santa Juliana, virgen (†1258). Priora del monasterio agustino de Mont-Cornillon, junto a Lieja, Bélgica,

que promovió la introducción de la solemnidad de Corpus Christi.

6. Beata Petrina Morosini, virgen y mártir (†1957). Joven de 26 años, asesinada por defender su virginidad cuando regresaba a su casa después de trabajar.

7. San Juan Batista de la Salle, presbítero (†1719 Ruan - Francia).

Beata María Assunta Pallotta, virgen (†1905). Religiosa del Instituto de las Hermanas Franciscanas Misioneras de María, fallecida en Dongerkou, China, donde ejercía con sencillez los oficios más humildes.

8. San Agabo, profeta. Discípulo de Jesús, mencionado en los Hechos de los Apóstoles. Anunció una gran hambre sobre toda la tierra (Hch 11, 28), así como la prisión de San Pablo a su regreso a Jerusalén (21, 10-11).

9. Santa Valde-trudis, religiosa (†688). Hermana de Santa Aldegundis, esposa de San Vicente Madelgario y madre de cuatro santos. De común acuerdo con su marido, que se hizo monje, ingresó en un monasterio fundado por ella misma.

10. Domingo de Ramos en la Pasión del Señor.

San Paladio, obispo (†658). Abad del monasterio de Saint-Ger-

main elegido obispo de Auxerre, Francia. Participó en varios concilios y se dedicó a renovar la disciplina eclesial.

11. San Estanislao, obispo y mártir (†1079 Cracovia - Polonia).

Beata Elena Guerra, virgen (†1914). Fundó en Lucca, Italia, la Congregación de las Oblatas del Espíritu Santo.

12. San Julio I, Papa (†352). Defendió tenazmente los principios del Concilio de Nicea durante la persecución arriana y protegió a San Atanasio contra las acusaciones, acogiéndolo durante su exilio.

13. San Hermenegildo, mártir (†586 Tarragona - España).

San Martín I, Papa y mártir (†656 Quersoneso - Ucrania).

Beata Ida de Boulogne, viuda (†1113). Esposa de Eustaquio II, conde de Boulogne, que educó piadosamente a sus hijos, entre ellos Godofredo de Bouillon. Tras la muerte de su marido, se dedicó por completo a obras de piedad y de caridad.

14. Jueves Santo en la Cena del Señor. Institución de la Sagrada Eucaristía.

San Benito de Aviñón, laico (†1184). Joven pastor gracias al cual, con el auxilio de Dios, se construyó en Aviñón, Francia, un puente sobre el río Ródano.

15. Viernes Santo en la Pasión del Señor.

San Crescente de Mira, mártir (fs. inc.). Sufrió el martirio siendo quemado en la hoguera en Mira, de Licia, actual Turquía.

16. Sábado Santo de la Sepultura del Señor.

Santa Engracia, virgen y mártir (fs. IV). Cristiana de noble fa-



San Sixto I - Pontificia Universidad de Santo Tomás de Aquino, Roma

Gustavo Krall

milia que sufrió crueles torturas por haberse presentado ante el magistrado romano de Zaragoza para reprimirle las atrocidades que cometía contra sus hermanos en la fe.

17. Domingo de Pascua de la Resurrección del Señor.

Beata Clara Gambacorti, abadesa (†1419). Habiendo enviado aún muy joven, animada por Santa Catalina de Siena, fundó en Pisa, Italia, el primer monasterio dominico de estricta observancia.

18. San Juan Isauro, monje (†c. 842). Cenobita en la isla de Egina, Grecia, que luchó denodadamente defendiendo el culto de las santas imágenes.

19. San Bernardo, penitente (†1182). Para expiar los pecados de su juventud, descalzo y comiendo con parquedad, peregrinó incesantemente por Tierra Santa. Murió en el monasterio de Saint-Bertin, Francia.

20. Santa Inés de Montepulciano, virgen (†1317). Con tan sólo 9 años vistió el hábito de las vírgenes consagradas. Fundó en Montepulciano un monasterio dominico. Su vida está repleta de episodios edificantes, milagros y gracias místicas.

21. San Anselmo, obispo y doctor de la Iglesia (†1109 Canterbury - Reino Unido).

San Anastasio el Sinaíta, abad (†c. 700). Fue elegido prior del monasterio del monte Sinaí, donde luchó contra el monofisismo y escribió varias obras de polémica y exégesis.

22. San Cayo, Papa (†296). Escapando de la persecución del emperador Diocleciano, murió como confesor de la fe.

23. San Jorge, mártir (†s. IV Palestina).

San Adalberto de Praga, obispo y mártir (†997 Tenkitten - Rusia).

Beata Teresa María de la Cruz, virgen (†1910). Fundadora de la Congregación de las Carmelitas de Santa Teresa, en la Toscana, Italia.

24. II Domingo de Pascua o de la Divina Misericordia.

San Fidel de Sigmarin-ga, presbítero y mártir (†1622 Seewis - Suiza).

Santa María Isabel Hesselblad, virgen (†1957). Religiosa de origen sueco fallecida en Roma. Reformó la Orden de Santa Brígida.

25. San Marcos, evangelista.

San Pedro de San José Betancur, religioso (†1667). De la Tercera Orden Franciscana que, en Antigua, Guatemala, se entregó a cuidar a huérfanos, mendigos, enfermos abandonados, peregrinos y hombres inválidos.

26. Nuestra Señora del Buen Consejo.

San Isidoro, obispo y doctor de la Iglesia (†636 Sevilla - España).

San Ricario, presbítero (†645). Pagano de Celles, Fran-

cia, cristianizado por la instrucción recibida de los misioneros irlandeses. Fundó una comunidad monástica en Crécy, donde vivió como contemplativo.

27. Santa Zita, virgen (†1278). Distribuía entre los pobres lo poco que le sobraba de su salario de empleada doméstica. Su santidad fue reconocida aún en vida.

28. San Pedro Chanel, presbítero y mártir (†1841 Futuna - Oceanía).

San Luis María Grignon de Montfort, presbítero (†1716 Saint-Laurent-sur-Sèvre - Francia).

Beato Luquesio, laico (†1260). Rico mercader de Poggibonsi, Italia, contemporáneo de San Francisco de Asís, que se hizo terciario franciscano y repartió sus bienes entre los pobres.

29. Santa Catalina de Siena, virgen y doctora de la Iglesia (†1380 Roma).

San Severo, obispo (†c. 409). Amado por San Ambrosio como a un hermano y por la Iglesia de Nápoles como a un padre.

30. San Pío V, Papa (†1572 Roma).

Beata Paulina von Mallinckrodt, virgen (†1881). Fundadora de las Hermanas de la Caridad Cristiana, en Paderborn, Alemania.

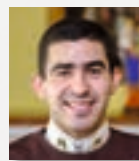


Santa Juliana de Mont-Cornillon - Iglesia del Santísimo Sacramento, Quebec (Canadá)

Gustavo Krahl

«Kintsugi» y el arte del perdón divino

En nada trasluce tan claramente la omnipotencia de Dios como en el acto de perdonar. He aquí el misterio de amor de un ser infinito y eterno que, al escuchar el gemido de un corazón contrito, realiza lo «imposible».



Santiago Vieto Rodríguez

Estamos acostumbrados a lo desechable, a lo práctico, a lo efímero; además, vivimos en una sociedad que, en consecuencia, cada vez es más enemiga de lo pulcro, de lo elevado, de lo perenne. Así pues, quizá nos sea difícil entender una forma del arte oriental: el *kintsugi*, cuyo objetivo es restaurar objetos destrozados de manera a sublimarlo, afirmando con ello que de los fragmentos resultantes de un desastre supuestamente irreparable puede surgir algo superior.

La historia del *kintsugi* —del japonés, carpintería de oro— se remonta a finales del siglo XV, cuando el sogún Ashikaga Yoshimasa envió a China dos de sus tazas favoritas para que las repararan. Las piezas de porcelana volvieron arregladas, pero con algunas grapas de metal que les daba una apariencia rústica y desagradable. Descontento, decidió encargar la empresa a artesanos japoneses.

Tan magníficos fueron los resultados obtenidos por esos artistas que,

según se dice, muchos aristócratas orientales llegaron a romper de propósito preciosas piezas de porcelana para que fueran reparadas por ellos. Nació así una técnica de restauración de cerámica que se convertiría en arte y atravesaría los siglos.

Dicha técnica consiste en unir las piezas rotas con laca *urushi* —procedente de la resina del árbol del mismo nombre— espolvoreada con oro, plata o platino. Para aplicar la laca se usa un pincel de *kebo* o *makizutsu*. Al final del proceso la pieza presentará su forma original, pero estará repleta de cicatrices brillantes.

Al reflexionar sobre esta tradición, notamos que parece que existe una serie de realidades metafísicas que a ciertas naciones paganas le ha sido dado intuir con mayor acuidad que a las del Occidente cristiano, con vista, sin duda, a prepararlas para que en determinado momento acojan la verdad revelada. De hecho, es admirable que exista en el Lejano Oriente un pueblo suficientemente contemplativo y transcendente, dotado de un preclaro don de metáfo-

ras, para percibir en esa forma de restauración un reflejo de lo que sucede con el hombre en el orden moral y fundar una escuela artesanal que perdura hasta nuestros días.

Cicatrices de un guerrero

En el *kintsugi* relucen varios principios superiores. Especialmente destellante es el de la belleza de las cicatrices, algo intuitivo para una sociedad militarizada y dotada de sumo sentido del honor, que durante siglos tuvo como más alto modelo la figura arquetípica del samurái, guerrero intrépido y dispuesto a sacrificarlo todo por su señor.

El auténtico combatiente nunca se avergüenza de las marcas de la guerra. Lo que para una estética superficial puede ser repulsivo adquiere una elevada pulcritud, de dimensión transcendente, al ser analizada desde la perspectiva del valor metafísico del sufrimiento en pro de un sublime ideal.

Sin embargo, en el *kintsugi* está representado algo aún más elevado, que toca en el Altísimo.

El divino Artesano

Comúnmente se representa a Dios como un artesano que modela un jarrón de arcilla, imagen de cada ser humano. Al ser absoluta la destreza del Artista, el buen resultado de su obra depende, en este caso, de la docilidad del barro en dejarse moldear.

Podemos imaginar a ese divino Artesano manoseando la más vil materia prima y produciendo una refinada pieza de porcelana, adornada con bellas figuras dibujadas por hábiles pinceladas de esmaltes paradisíacos. Se trata de una vasija inigualable, ¡una obra de arte!

Supongamos ahora que ese magnífico jarrón tenga voluntad propia y decida arrojarse al suelo, haciéndose añicos... Pues bien, es exactamente lo que el hombre hace, trabajado por la gracia desde el día de su bautismo, cuando decide destruir la obra del Creador en su alma y —por un capricho o para satisfacer sus pasiones— abraza el pecado.

¿Cómo se reconstruye un jarrón reducido a fragmentos, hasta el punto de confundirse con el polvo?

Omnipotencia del perdón divino

En nada trasluce tan claramente la omnipotencia de Dios como en el acto de perdonar. He aquí el misterio de amor de un ser infinito y eterno que, al escuchar el gemido de un corazón contrito que se humilla y pide perdón, realiza lo «imposible».

Infinitamente más precioso que el oro, la sangre del Redentor actúa como una sacrosanta «resina» que une los pedazos del pobre jarrón y no sólo lo restaura, sino que le confiere un nuevo brillo.

El alma restaurada por el perdón divino conserva cicatrices, pero éstas serán su gloria y alegría por

toda la eternidad, pues refulgirán como la inconfundible luz de quien mucho amó porque mucho le ha sido perdonado (cf. Lc 7, 47).

Por lo tanto, es absurdo desanimarse y perder la paz cuando nos sentimos miserables, aunque hayamos cometido por infidelidad un pecado mortal. Tan magnífica resulta la obra realizada por Dios al derramar su perdón que, como la de los artesanos japoneses, supera su estado original. De ahí se entiende el comentario tantas veces repetido por Mons. João Scognamiglio Clá Dias en sus predicaciones: si por absurdo pudiéramos pecar sin ofender a Dios, ¿cómo desearíamos hacerlo sólo para recibir su perdón!


Esta verdad nos debe llenar de ánimo invencible, sobre todo al considerar que, cuando se trata de restaurar por entero un alma, Dios confía tal obra a la divina Artesana, María Santísima. Amparo y refugio de los pecadores, Ella aplica el oro de su misericordia incluso sobre aquellos que ni siquiera saben pedir perdón y, para ello, tan sólo impone una condición: que se abandonen en sus manos maternas. ✦



Utensilios de porcelana reconstituidos usando «kintsugi». Al fondo, dibujos en un jarrón japonés de la era Meiji

facebook.com/trushipl

facebook.com/trushipl



Doña Lucilia el 18 de marzo de 1968,
poco antes de su fallecimiento

João Scognamiglio Clá Dias

Bienquerencia, bondad y afecto

En los últimos meses de la existencia terrena de Dña. Lucilia, estaban visiblemente presentes en ella aquellos dones con los que la Providencia había adornado pródigamente su infancia, y que ella generosamente había hecho florecer y fructificar a lo largo de su vida. Era fácil observar, en su bella alma, cómo la práctica de las virtudes se fue transformando en una especie de se-

gunda naturaleza, es decir, en un hábito casi instintivo, y cómo sobresalía en ella su docilidad al menor soplo del Espíritu Santo.

Su vida se distinguió por la bienquerencia, la bondad, el afecto; en resumen, por el amor a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo.

Mons. João Scognamiglio Clá Dias, EP.